



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Asamblea mortal

Un consejero del Servicio Secreto Británico ha tenido una idea para cazar al siniestro «Naif», que se dedica a vender información sobre agentes secretos de todos los servicios para que puedan ser asesinados. La idea es, ni más ni menos que unirse varios servicios secretos. Cada uno deberá enviar a su castillo al mejor espía del que dispongan para una asamblea en la que expondrá su plan para la captura del espía mercenario.



Lou Carrigan

Asamblea mortal

Brigitte en acción - 283

Archivo Secreto - 262

ePub r1.1

Titivillus 02.12.2020

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1






ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

—O sea —murmuró Frank Minello—, que lo que ocurrió fue que aquellos tipos, en cuanto tuvieron a su disposición el aparato en cuestión, lo arrojaron al fondo del mar.

Brigitte Montfort sonrió un tanto fríamente, asintiendo con la cabeza, y replicando de Viva voz:

—Posiblemente, a la fosa más profunda que encontraron, Frankie.

Quedaron silenciosos unos segundos; Frankie con la mirada fija en el suelo y el ceño fruncido; Brigitte, como distraída, inmersa en sus cercanos recuerdos de su última aventura, la relacionada con el Detector de Maldad[1], que ni siquiera le había producido decepción en su desenlace, pues había esperado algo parecido.

Por fin, Minello alzó la mirada, y la fijó en Brigitte, cuya belleza era radiante… Como siempre, por supuesto; Encuadrado el hermoso rostro por los largos cabellos negros, destacando la boquita sonrosada, los grandiosos ojos azules, el gracioso hoyuelo vertical en la barbilla… Despejada la frente, rebosantes de luz de inteligencia los ojos, plegados un tanto duramente los dulces labios en un gesto que habría sorprendido a quién no supiese que, además de ser una periodista famosa en el mundo entero, Brigitte Montfort, con el sobrenombre de Baby, era la espía más peligrosa del mundo, teóricamente a las órdenes de la CIA.

—Pues fue una lástima —dijo, por fin, Minello—… Me habría gustado poder utilizar un aparato como ese, con muchas personas. Eso de poder medir la maldad de las personas con las que nos relacionamos, debe ser muy conveniente.

—Sí, sería muy conveniente que existiese un aparato así —admitió Brigitte.

—Oye… ¿qué grado de maldad crees que se obtendría de mí?

La más implacable espía del mundo miró, sorprendida, a su más

querido amigo. Y, de pronto, soltó una deliciosa carcajada.

—¡Si a ti te hiciesen una prueba, Frankie, seguramente estropearías el Detector de Maldad! —exclamó.

—¿Por qué? —gruñó Minello—. ¿Tan malo soy?

—¡Todo lo contrario, querido! Contigo habría que utilizar un Detector de Bondad, no de Maldad. ¡Vamos…! ¡Ni siquiera me extrañaría que en tu apartamento tuvieses cucarachas, por lástima de matarlas!

Frank Minello sonrió de oreja a oreja, satisfechísimo de la vida… y del incomparable placer de poseer el afecto de la criatura más encantadora del mundo.

—Zambomba, no exageres —dijo, de todos modos, hipócritamente… Seguramente, debo tener algo malo.

—Más o menos, lo mismo que yo —murmuró Brigitte—: lo que los dos tenemos de malo es nuestro odio por lo malo. Y aunque sea a lo malo, es malo odiar, Frankie.

Frank Minello se quedó con la boca abierta, estupefacto.

La divina espía sonrió, tomó su copa de champaña, y bebió un sorbito, mientras el buen Frankie estaba poniendo al rojo vivo su cerebro, en busca de la comprensión hacia las últimas palabras de su amada Brigitte… Y así estaban las cosas, en el elegante salón del apartamento de Brigitte, cuando sonó el carillón que indicaba que alguien llamaba a la puerta del apartamento.

—¿Esperas a alguien? —masculló Minello.

—Sí: a tío Charlie.

—¡Oh, cielos misericordiosos…! ¡NO! Pero… ¿es que ese buitre comedor de carroña no va a dejarnos nunca en paz? ¡Tengo unas ganas de que estire la pata…! Bueno ya sabes: que la diñe. O sea, ¡que se muera!

—¿Lo ves, Frankie? —rió de nuevo Brigitte—. Si todas esas palabras hubiesen sido *juzgadas* por el Detector de Maldad, el pobre artefacto habría saltado en pedazos, al encajar semejante sarta de mentiras.

—¡No son mentiras! ¡Le odio!

—Entonces… ¿por qué me ayudaste a proteger su vida, no hace mucho, cuando quisieron asesinarlo?

—Pues porque… porque… pues… ¡Porque me dio la gana!

—¿Y sabes por qué te dio la gana?

—Zambomba, claro. Me dio la gana porque… porque me dio la gana de que me diese la gana. ¿Está claro?

—Clarísimo. Te voy a pedir un favor, querido: tío Charlie me llamó antes de que llegases tú, y me advirtió que venía a hablarme de un asunto muy serio, por lo que espero de ti un comportamiento… digamos serio y correcto en todo momento. ¿Puedo contar con ello?

Minello abrió la boca para contestar, pero en aquel momento apareció en el salón la rubia y pizpireta Peggy, ama de llaves de Brigitte, anunciando:

—El señor Pitzer, señorita.

Tras ella, ya entrando, apareció Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, y por tanto, jefe directo de la agente Baby. El hombre llegaba sonriendo, pero su sonrisa se congeló al ver a Minello sentado en un sillón como un rajá en su palacio… lo que, en definitiva, era el apartamento de Brigitte para Frankie… salvo que no tenía allí ninguna hurí para acostarse con ella.

—Iba a decir buenas tardes —masculló Pitzer—… pero me temo que ya no lo son tanto.

—Buenas tardes, tío Charlie —rió Brigitte—… ¿Acepta una copita de champaña, en buena y agradable compañía?

Pitzer sonrió torcidamente, y con no poco sarcasmo mirando de reojo a Minello, que se estaba poniendo en pie…

—¡Pero si está aquí el señor Pitzer! —exclamó—. ¿Cómo está usted, querido señor? ¡Sea bien venido!

—¿Qué? —gruñó Pitzer—. ¿Hoy estamos de pitorreo?

—Pero… ¿qué dice usted? —protestó Frankie—. Brigitte, ¿has oído eso?

—Está usted siendo terriblemente injusto con Frankie —dijo Brigitte, muy seria, conteniendo con dificultad las ganas de reír—… Y creo que debería ser más educado y corresponder a su amable saludo.

—¡Así se habla, reina celestial! —aulló Minello—. ¡Viva tu gracia y tu simpatía, y tu cuerpo maravilloso, y tus pechos, y tú…!

—¡Frankie!

—Mmmm… Je, je… Bueno, quería decir que… ¡Zambomba! ¡Pero si está aquí el señor Pitzer! ¿Cómo está usted, querido señor? ¡Sea bien venido!

—Gracias… —farfulló el veterano espía—. Estoy muy bien, le agradezco su interés por mí salud.

—Y hablando de su salud —alzó las cejas Minello—: ¿es buena?

—Muy buena, gracias.

—Lástima —masculló Frankie.

—¿Lo ve? —exclamó Pitzer, señalando a Minello.

—Se me ha escapado —intentó disculparse Frankie—. Bueno, viejo buitre… digo, amable señor, siéntese, siéntese… ¿Me concede el honor de servirle el champaña?

—No, gracias. Prefiero que lo haga Peggy.

—Le advierto que hoy no traigo mi arsenal de venenos.

—Bueno, ya está bien —intervino la divertida Brigitte… Peggy, sirve a tío Charlie, por favor. ¿Pueden Peggy y Frankie oír lo que ha venido a decirme, tío Charlie?

—Esta vez, sí. No se trata de ningún secreto que la CIA quiera conservar a toda costa.

—¿Qué ha tratado de decir con eso? —saltó Minello.

Brigitte le hizo un gesto para que se sentara, pero mirando a Pitzer.

—Ha sido una frase desafortunada la suya, tío Charlie. Ni Frankie ni Peggy la merecían.

—Lo siento —asintió Pitzer—. En verdad que ha sido una frase desafortunada… pero sin mala intención, se lo aseguro. Lo que trataba de decir es que, a veces, es mejor que ellos dos ignoren las cosas de la CIA… por el propio bien y tranquilidad de ellos.

—Eso es bien cierto —murmuró Brigitte—… Como el asunto del Detector de Maldad, por ejemplo. Bueno, bebamos *Dom Pérignon*, con la correspondiente guinda… ¡y aquí no ha pasado nada! ¿De qué se trata esta vez?

—De *Naif*.

Por un instante, apareció en los dulces labios de Brigitte Montfort aquel gesto duro, implacable, que habría sorprendido a tantísimas personas.

—Siga —musitó.

—Un momento —intervino Minello—… ¿Quién es *Naif*? Supongo que no se refieren ustedes a esa modalidad de pintura.

—Desde luego que no, Frankie —le miró Brigitte—… Estamos refiriéndonos a un hombre que se hace llamar *Naif*, pero que no

tiene nada de sencillo… y menos aún, de cándido. Es un… aventurero, a juzgar por los datos que varios servicios secretos hemos reunido de él, hasta el momento. Un aventurero que se dedica básicamente al asesinato de agentes secretos de los servicios de todo el mundo. Ignoramos cómo se las arregla, pero ha tendido muchas trampas a espías de todas las nacionalidades, los ha matado, y luego ha vendido las informaciones que previamente había conseguido de ellos.

—Zambomba… ¡Pues no sé por qué llamáis *Naif* a un sujeto semejante!

—El nombre lo sugirió él mismo… naturalmente, como una muestra más de burla hacia nosotros, los espías *oficiales*. Desde hace más de un año, *Naif* viene asesinando agentes secretos, tras conseguir información de ellos. Información que luego vende a otros servicios secretos.

—Pero… todos los servicios secretos deben saber que si ellos compran a *Naif* información sobre otros servicios, éstos a su vez le comprarán información sobre ellos… ¿No?

—Claro que lo sabemos. Pero ¿qué se puede hacer? Ninguno quiere negarse a comprarle a *Naif* las informaciones que facilita sobre otros servicios secretos, pese a saber que esas informaciones han sido conseguidas a través de asesinatos. Por ejemplo, la CIA puede comprar a *Naif* información sobre la MVD conseguida a cambio del asesinato de un agente ruso La CIA lo sabe, y la MVD sabe que la CIA y otros servicios adquieren esa información. Pues bien, lógicamente, cuando *Naif* va a venderle información a la MVD sobre la CIA, eso significa que *Naif* ha asesinado a un agente de la CIA para obtenerla. Pero, claro, la MVD compra. Se entiende que siempre consigue *Naif* verdaderas informaciones de alto interés. Sabe escoger a sus víctimas, una a una, sin prisas.

—¡Ese sujeto debe ser diabólico! ¿Y cómo es posible que tú no lo hayas cazado ya, Brigitte?

—No nos hemos enfrentado todavía… Pero me gustaría. Últimamente, en Europa están cerrando mucho el cerco sobre *Naif*. Evidentemente, cada vez que realiza una venta tiene que exponerse. Siempre ha sido muy precavido, astuto, imprevisible. Es inteligente, audaz, y por supuesto, tiene un valor a toda prueba. En cierto

modo, todos los servicios secretos afectados por las actividades de *Naif* querrían, en el fondo, disponer en exclusiva de los servicios de semejante hombre, pero eso ya no es posible: hay que cazar a *Naif*, y eliminarlo.

—No comprendo… Si a todos los servicios secretos les gustaría contratarlo en exclusiva… ¿por qué dices que quieren eliminarlo?

—Es una cuestión de moral para el resto de los agentes secretos. Éstos no verían con buenos ojos que sus superiores contratasen a un individuo que se ha estado dedicando al asesinato de compañeros suyos, y vendiendo a otros servicios secretos la información obtenida de este modo. En lo que a mí respecta, desde luego, si la CIA contrataba a *Naif*, se quedaría automáticamente sin los servicios de Baby. Y no sería yo sola quien dimitiría en la CIA. En definitiva, y, pese a las informaciones que *Naif*, viene facilitando a unos, sobre secretos de otros, todos los servicios se han puesto de acuerdo en que la existencia y las actividades de ese hombre son un incordio, un peligro para la supervivencia de los demás agentes, y un foco de tensiones entre todos. Así que se ha decidido eliminarlo.

—Y mientras tanto, *Naif* sigue matando para conseguir informes y venderlos.

—Sí.

—¿Y la CIA y los demás siguen comprando?

—Por el momento, sí.

—¡Pues vaya una porquería!

—Ya he dicho que era mejor que ustedes ignorasen según qué cosas —refunfuñó Pitzer.

—¡La CIA es una mierda! —aulló Minello—. ¡Si por mí fuese…!

—Cálmate, Frankie —pidió Brigitte—. La CIA sigue la corriente. ¿Qué pretendes? ¿Qué nosotros seamos los únicos que no compremos material a *Naif*?

—¡Pues todos son una mierda!

Brigitte encogió los hombros, y miró de nuevo a Pitzer.

—Siga, tío Charlie.

—Como iba a decirle, y usted misma ya ha expresado, el cerco sobre *Naif* se está cerrando cada vez más, debido a eso, a sus forzosos contactos, cuando tiene que realizar ventas. Algunos intermediarios le han visto, pero como usted sabe, cada uno lo describe de una manera diferente… o sea, lo mismo que debe

suceder con usted en Moscú, por ejemplo: unos dirán que es rubia, otros morena, otros que es joven y bonita, otros que es una anciana, otros que es una mujer basta y ruda, de unos cuarenta y tantos años…

—Ya sé, ya sé. No debemos sorprendernos del hecho de que *Naif* presente diferentes aspectos. Eso es tan fácil… Concretamente, ¿qué es lo que pasa actualmente con *Naif*?

—Bueno… Alguien ha tenido una idea para cazarlo.

—¿Quién? ¿Qué idea? —se interesó vivamente Brigitte.

—La persona en cuestión es un consejero del Servicio Secreto de Su Majestad Británica. Concretamente, del MI6, o Contraespionaje inglés. No, no es su amigo *Fantasma* —sonrió Pitzer—… Le he traído unas fotografías de él, así como unos datos resumidos, que puede usted ampliar cuando guste, Creo preferible que ni Peggy ni Frankie sepan de quién se trata.

—De acuerdo —asintió Brigitte, tendiendo una mano.

Pitzer sacó un sobre, que le puso en la palma. Del sobre, Baby sacó tres fotografías. Correspondían a un hombre de unos sesenta y cinco años, apuesto todavía, elegante, de cabellos casi completamente blancos, airoso bigote grueso, ojos oscuros inteligentes. Lo que se suele llamar un auténtico *gentleman*. Y Brigitte sabía que lo era, porque lo conocía: Lord Mathew Kingstone, uno de los hombres más inteligentes y efectivos con que había contado Su Graciosa Majestad británica, desde hacía muchos años. John Pearson le había hablado en ocasiones de él, y ella le había visto en numerosas fotografías sociales, de periódicos ingleses. Pero sólo eso. Nunca se habían tratado.

—Le conozco —dijo, sin mirar nada más—. Y en efecto, es uno de los mejores hombres que podría tener el MI6 como consejero. ¿Qué idea ha tenido este caballero?

—Se ha comunicado con diferentes servicios secretos de todo el mundo, utilizando como lema una frase que nadie ha podido discutirle: la unión hace la fuerza.

Brigitte entornó los párpados, ladeó la cabeza, y sonrió, finalmente.

—Si la idea no viniese de quien viene, me olería a trampa. ¿Debo entender que el caballero de la idea ha sugerido que unamos los esfuerzos de varios servicios secretos para cazar a *Naif*?

—Concretamente, sugiere la reunión de los mejores agentes de cada servicio secreto, a fin de exponerles el plan que tiene pensado para cazar entre todos a *Naif*.

—¿Qué plan?

—Solamente lo expondrá ante el grupo de agentes que los servicios envíen a su castillo, en… cierto lugar de Inglaterra. Es una reunión supersecreta, y ciertamente, ese caballero exige que cada país envíe a su mejor agente. Como es lógico, la CIA ha pensado en enviar a la agente Baby.

—¿Quiere usted decir que la CIA ya ha aceptado?

—En efecto. Ahora es usted quien debe decidir si acepta ir a Inglaterra o prefiere que enviemos a otro agente.

—¿Cuál agente? —murmuró Brigitte.

—Eso se decidiría si usted rechazaba el asunto. Debo decirle que los servicios secretos que han aceptado la reunión van a enviar a sus mejores hombres.

—¿Por ejemplo?

Pitzer tendió otro sobre a Brigitte, que extrajo una hoja de papel con el siguiente texto mecanografiado:

ROGER CLAUDEL, del SDECE - Francia.

SEYMOUR DOUGLAS, del MI6 - Reino Unido.

ABBAS MAHER, del Moukhabarat - Egipto.

FRANZ ROTTENMAYER, del Bundesnachrichtendiest (BND) - Alemania Oriental.

DAVID MOSSER, del Shin Beth - Israel.

ENNIO SALVATORE, del Servizio de Informazione e Difensa (SID) - Italia.

CHONG HO, del Lien Lo Pou - China.

CIRILO KLOPOUCHA, de la MVD. - URSS.

—Supongo que es una lista impresionante —murmuró Brigitte.

—¿Impresionante? —respingó Pitzer—. ¡Si a esa lista de nombres añadimos el de Baby, tendremos un equipo que sería el sueño de cualquier servicio secreto del mundo! Si la unión entre personas… normales hace la fuerza, la unión entre estos espías sería

algo inimaginable. Lo que no pudiesen conseguir ellos, no lo conseguiría nadie, jamás.

—Ya. ¿Estos son todos? ¿No hay más?

—Por el momento, no, y no creemos que se agregue nadie más. Naturalmente, están los mejores hombres de los más significados servicios secretos. Es lógico.

—Sí… Y claro, en esta lista no puede faltar la agente Baby.

—Eso ha de decirlo usted, Brigitte. Bien entendido que sería absurdo suponer que, en una situación como esta, de ninguna manera se producirán fricciones entre los agentes de esa lista. Se trata de unirse contra un enemigo común, que está haciendo mucho daño y que todavía puede hacer más. Cada día, las tensiones son mayores entre los servicios secretos.

—Eso lo comprendo perfectamente. Y no tengo grandes dudas respecto al comportamiento adecuado de todos los que acudan a formar este grupo de… cazadores. La verdad es que no quisiera ser la pieza elegida. Y también es verdad que resulta tentador tomar parte en esta cacería. Ya he tomado parte en otras, aunque no de esta envergadura. Y por otro lado, usted sabe que a mí no me gusta trabajar en grupo.

—No está obligada a aceptar.

—¡Pues no aceptes! —exclamó Minello.

—En realidad, yo nunca estoy obligada a nada… por nadie —murmuró la espía más peligrosa del mundo—. Pero sí estoy obligada por mí misma. Durante años, he estado intentando hacer comprender a mis colegas de todo el mundo que el espionaje no debe ser una… carnicería de unos contra otros, sino una mezcla de inteligencia y justicia, bien sazonada con… cordialidad. Y esta… unión para conseguir más fuerzas podría significar que finalmente, habría conseguido algo. Por lo tanto, no estaría bien que rechazase la invitación, ¿verdad?

—Según parece, no —murmuró Pitzer.

Brigitte permaneció pensativa unos segundos, observada con suma atención por Minello, Pitzer, y la siempre asustada Peggy. Por fin, por su gesto, los tres comprendieron que la divina espía había tomado ya su decisión.

Una decisión que les sorprendió y desconcertó, con mucha lógica:

—Diga a la Central que avisen al caballero de la idea de que Baby asistirá a esa unión de fuerza… Pero Baby no irá.

—Bien. Les diré… ¿Cómo? ¿Qué dice?

—La Central debe decir que Baby irá a ese castillo. Pero va a resultar que Baby no irá.

—Bueno… No comprendo…

—Zambomba, ni yo tampoco —refunfuñó Minello—. ¡O vas a un sitio, o no vas!

—En la Central hay ya instrucciones concretas para el agente que vaya a esa reunión —dijo Pitzer—. Pero como no le entiendo a usted, no sé qué hacer, si decírselas o no.

—Zambomba, tío Charlie —le miró, simpáticamente fruncido el ceño, la agente Baby… ¡no me diga que también desconfía usted de mí!

Capítulo II

Como una muestra de galantería en el siempre sorprendente y extraordinario mundo del espionaje, se había establecido el orden de llegada al lugar de la cita, de modo que la agente Baby debería ser la última. Lo cual, y considerando el asunto desde otro punto de vista más de acorde con la naturaleza del espionaje, podía interpretarse también de otro modo, esto es, en el sentido de que Baby pudiera estar cerca de allí, y asegurarse de que todos acudían.

Y finalmente, en lo que todos estaban de acuerdo, de un modo tácito, concederle el último puesto de llegada podía significar muy claramente que se la consideraba el personaje número uno de la reunión.

El lugar de la cita era un bar de carretera sito en la 131, entre Chelmsford y Braintree, en el condado de Essex, unas cuantas millas al Norte de Londres, en plena campiña inglesa. A las seis en punto de la tarde, siempre según el horario establecido, había llegado el penúltimo espía, el soviético Cirilo Klopoucha. Por supuesto enviado directamente desde Moscú, y, como los demás, provisto de un salvoconducto especial cortesía del MI6 británico.

Klopoucha se fijó, en primer lugar, en el chino, Este era siempre el gran inconveniente de los chinos: que por mucho que se disfrazasen era poco probable que pudiesen dejar de ser chinos, y de parecerlo, que era lo grave, en definitiva. Chong Ho era un chino menudo, de unos cuarenta y cinco años, de facciones agradables pero inexpresivas. Klopoucha sonrió al verlo, porque antes de entrar en el bar había visto afuera la camioneta de una lavandería; simple coincidencia, en esta ocasión, evidentemente, pero lo cierto era que Cirilo estaba convencido de que, fuera de China, los chinos sólo podían trabajar en una lavandería o en una cocina.

Pero esto eran viejos tópicos a los que, en el fondo, el inteligente, moderado y astuto soviético, no hacía ningún caso.

Chong Ho, vestido muy corrientemente, podía ser cualquiera de los asiáticos que habían conseguido pasaporte británico, posiblemente en Hong Kong. Ni siquiera valía la pena complicarse la vida, pensando en estos detalles.

La siguiente persona que llamó la atención de Cirilo fue la muchacha negra, pero ésta sólo un instante. Sabía perfectamente quiénes habían de acudir a la cita, y por tanto, sabía que ninguna negra era esperada en la reunión. Aunque, todo hay que decirlo, a Cirilo Klopoucha le gustó la negra. Era joven, de grandes ojos bellísimos, cabello peinado con exótico acierto al estilo *afro*, llevaba un vestido muy elegante, y, en el respaldo de una silla junto a la que ocupaba ante una mesita, se veía un abrigo de pieles blanco, que bien podría ser de armiño. Pasmoso. Aunque quizá no tanto, porque la negra era tan bonita, que bien podría ser la amante de algún caprichoso ricacho inglés… al que estuviese esperando allí.

Luego, claro está, Klopoucha fue identificando a los demás, partiendo de sus rasgos característicos. Por ejemplo, no cabía dudar de que el hombre moreno, de ardientes ojos y nariz aguileña, era Abbas Maher, del Moukhabarat egipcio. David Mosser, del Shin Beth, hacía honor a su raza judía, mostrando un apéndice nasal en verdad considerable. Ennio Salvatore, del SID italiano, sólo podía ser el muy apuesto, moreno, elegante y sonriente joven, que parecía extremadamente divertido. Franz Rottenmayer era quizá el mayor de todos; alemán cien por cien, naturalmente: alto, recio, de sólida cabeza, manos grandes, rostro sano y de facciones grandes, era un magnífico representante del BND de la Alemania Oriental… esto sin contar con que, sencillamente, Klopoucha ya conocía personalmente a Rottenmayer. Los que quizá podían confundirse, al primer golpe de vista, eran Roger Claudel, del SDECE francés, y Roger Seymour, del MI6 británico. Pero, sólo al primer golpe de vista. Luego, resaltaba enseguida la expresión más cordial del francés, más de *savoir vivre*, y la casi pétrea seriedad, no exenta de un destello de altanería, del británico…

¡Ah, las razas, las costumbres, las creencias…! Por su parte, Cirilo Klopoucha sabía que, aunque los demás no hubiesen estado ya presentes, le habrían identificado igualmente como indiscutible hijo de la Madrecita Rusia.

En realidad, el mayor desconcertado allí era el dueño del bar,

que veía inusitadamente repleto su pequeño negocio. Además, veía a una negra, un chino, un moro… Bueno, su obligación estaba en servir café, no en hacer cábalas.

Cirilo Klopoucha fue a sentarse solo a una mesa, como habían hecho los demás. Al sentarse, quedó orientado hacia Seymour Douglas, que parecía muy seriamente interesado en un ejemplar de *The Guardian*, y a la negrita, que terminaba su café, y luego miraba su relojito de pulsera. Klopoucha también miró su reloj. Las seis en punto. Su mirada se volvió hacia la puerta; ignoraba cómo, pero tenía la absoluta certeza de que, justo entonces, a la hora en punto, Baby aparecería en aquella puerta de cristales empañados por el calor del local, en contraste con el frío del exterior. Un frío que a Cirilo le resultaba simpático, comparado con el que había dejado en Moscú…

De todos modos, Cirilo no se hacía grandes ilusiones respecto a la posibilidad de identificar a Baby debidamente para posteriores acciones por parte de la MVD. Como era lógico y natural, la sin par Baby acudiría disfrazada de tal modo que nadie tendría la menor probabilidad de identificarla, más adelante. Pero, en fin, no estaba allí para eso, así que era mejor tomarse las cosas con sosiego.

¡Qué extraño…! Las seis y un minuto, y Baby no había aparecido…

—¿Qué tal, camarada Klopoucha? —oyó en inglés.

El ruso alzó vivamente la cabeza, miró a la negrita, y al instante siguiente abrió la boca, en un gesto de auténtico e irreprimible pasmo. Enseguida, captó idéntica sorpresa en los demás, que miraban también a la negrita, atónitos. Durante un par de segundos, Cirilo Klopoucha estuvo mirando a la negra; fue el tiempo que necesitó para convencerse, sin la menor duda, de que no estaba ante una persona disfrazada, sino ante una auténtica negra. Con lo que, automáticamente, la posibilidad de que la negrita fuese Baby quedó descartada… ¿O no? ¿Podía ser posible que Baby fuese de raza negra y que, durante todos aquellos años, la MVD hubiese estado buscando a una mujer de raza blanca…?

—Comprendo su desconcierto —rió ella—. Pero como ya estamos todos, será mejor que salgamos para realizar la última parte del viaje. ¡Qué noche tan lúgubre, ¿verdad?!

La negra se dirigió hacia la puerta, y Cirilo la siguió, tras un

instante de vacilación y sin poder contener su gesto de profunda decepción. Los demás, no menos desconcertados, fueron dejando unas monedas sobre sus respectivas mesas, y saliendo también del bar.

Afuera, la noche era fría, en efecto; el cielo estaba tan nublado, que deprimía el ánimo… En silencio, quedaron todos reunidos a unos pocos pasos de la puerta del bar. A poca más distancia, de cuando en cuando pasaba un coche o un camión, casi todos en dirección a Londres… De la camioneta de la lavandería saltó un hombre, que se acercó decididamente al grupo.

—La unión hace la fuerza —dijo, en inglés, idioma que había sido designado como oficial para aquel asunto, y que, por supuesto, todos hablaban perfectamente.

—Y la fuerza, la victoria —mascullaron todos.

—Tengan la bondad de subir a la camioneta —dijo el hombre—. Mi nombre es Stanley, y estoy al servicio directo de Lord Kingstone.

—Un momento —musitó Chong Ho—… No estamos todos. O al menos, no estamos todos los que deberíamos estar.

—Supongo que lo dice por mí —sonrió la negrita—. Lamento decepcionarles a ustedes, pero Baby no ha podido venir, y la CIA me ha designado a mí. Dificultades de última hora.

—Esto no es lo acordado —dijo secamente Franz Rottenmayer—… Y si vamos a empezar así, yo regreso a Berlín.

—*Herr* Rottenmayer —preguntó la negrita—: ¿usted nunca ha tenido la gripe?

—Nunca.

—Bueno —rió la negrita—, indudablemente, sus reservas físicas son superiores a las de Baby. Le felicito.

—¿Quiere decir que Baby está enferma? —exclamó Roger Claudel.

—Caramba, no tanto. Digamos que está lo bastante decaída y con la suficiente fiebre para que, en Langley, se haya considerado improcedente encargarle este trabajo. Me imagino que Baby debe estar en su casa, en cama… y seguramente bastante disgustada por haberse perdido esta ocasión. Lo siento de verdad, pero yo no tengo culpa alguna en ello. Mi nombre es Amy Flowers. Ustedes pueden aceptar mi colaboración o rechazarla. Sin embargo, puedo decirles que, aunque no tengo la experiencia ni la eficacia de Baby, puedo

ser útil en este asunto. ¿Qué deciden?

En la oscuridad, teñida de la amarillenta luz del bar, todos se quedaron mirando a Amy Flowers, la bellísima negrita que se protegía graciosamente con su estupendo abrigo de pieles. Por fin, Roger Claudel alzó una mano.

—Yo la acepto —dijo.

—Pues yo no —refunfuñó el británico Seymour Douglas—. Y no es que tenga nada contra usted, señorita Flowers, pero…

—No se trata de discutir. —Cortó el israelita Mosser—, sino de aceptarla o no. Yo la acepto.

—Y yo —sonrió Ennio Salvatore—. Se trata de cazar a *Naif* solamente, no de firmar en un libro de celebridades del espionaje. Si la CIA ha enviado a esta preciosidad, por algo será.

—Muy amable, *signore* Salvatore —sonrió la negrita.

—Yo también la acepto —dijo Chong Ho, tras breve vacilación, aunque su desencanto también era evidente.

Los demás también la aceptaron, de modo que Seymour Douglas fue quien se encontró en la disyuntiva de quedarse, o marcharse para demostrar su disconformidad. Lo cual era tan absurdo que, en realidad, el problema no existió más que por un segundo.

—De acuerdo —aceptó, por fin, Douglas; sonrió, de pronto, a Amy Flowers—. No se lo tome a mal, por favor.

—Comprendo su actitud —aceptó Amy—. En cuanto a mí… ¡qué más quisiera que ser Baby! Les aseguro que soy la primera decepcionada, por no serlo.

Hubo algunas risas más o menos amables, y todos fueron hacia la camioneta. Stanley abrió la doble puerta de atrás, y todos subieron, ayudando Ennio Salvatore y Roger Claudel a Amy Flowers, que mostró, por un momento, unas piernas sencillamente sensacionales, que dejaron pasmado a Cirilo Klopoucha. En la camioneta habían sido colocados dos bancos, a los lados, y todos se sentaron. Cuando Stanley cerró las puertas, dentro se encendió una pequeña luz, suficiente para que pudieran verse unos a otros. Segundos más tarde, la camioneta emprendía la marcha. Todos sabían perfectamente adónde iban: al castillo de Lord Mathew Kingstone, sin preocupación alguna: todos los servicios secretos importantes del mundo sabían muy bien que Lord Kingstone era consejero del espionaje británico, que tenía un castillo en Earls

Coine, y muchas cosas más. Entre ellas, que a sus sesenta y tantos años, Lord Kingstone era un perfecto caballero… y un auténtico conocedor del espionaje mundial, en el que se había iniciado treinta y cinco años, prestando inestimables servicios al Reino Unido, y a los aliados en general, en cuanto los británicos entraron en la Segunda Guerra Mundial…

—Es la primera vez que me invita un Lord británico —dijo, de pronto, Cirilo Klopoucha.

En el primer instante, no hubo reacción. Luego, todos sonrieron, comprendiendo la broma del soviético.

—Lo mismo digo —apoyó Chong Ho.

—A mí, una vez, me invitó un personaje importante, en Nueva Orleans —dijo Amy Flowers—… Un senador que tenía pretensiones presidenciales. Nos habíamos visto en cierta reunión en Washington, y yo pensé que quería sostener una entrevista conmigo sobre cuestiones profesionales. Yo sabía muy bien que el senador no era racista, así que incluso llegué a pensar que, en vistas a una posible consecución de sus ambiciones presidenciales, quería contar conmigo, quizá como jefe de Sector de la CIA en Louisiana… O algo así. Ello habría demostrado una considerable inteligencia por su parte, pero…

—¿Por qué habría demostrado inteligencia por su parte? —preguntó Ennio Salvatore.

—Bueno… Aquí donde me ven, tan discreta, yo tengo una considerable influencia en ciertos sectores del país, naturalmente, en los círculos negros. Una propuesta como la que yo esperaba por parte del senador, le habría sido de gran utilidad a la hora de conseguir votos. Pero no… no se trataba de eso.

—¿De qué se trataba? —sonrió Claudel.

—Me parece que usted lo ha adivinado —rió Amy—… Sí. Tenía preparado el champaña francés, y una cena exquisita. Oh, y música adecuada, naturalmente. Nada más llegar, me pidió que me desnudase.

—¿Y qué hizo usted? —se interesó Klopoucha.

—Le complací.

—¿Quiere decir que… se acostaron juntos?

—En cierto modo. Me sentía decepcionada e irritada, de modo que me dije que aquello no podía terminar con una negativa por mí

parte y una digna retirada. Eso era vulgar y sencillo. Así que me desnudé, le dejé que me acariciara unos minutos, bebí champaña, cenamos estupendamente, bailamos los dos desnudos… Se puso al rojo vivo, claro está. Entonces, le dije que la velada había terminado, y me dispuse a marcharme.

—¡Demonios! —jadeó Abbas Maher.

—Eso dijo él —volvió a reír la negrita—… El pobre hombre estaba presa de tal excitación sexual, que se habría acostado con una gallina. Lo cual era, exactamente, lo que yo me había propuesto, para dejarlo entonces. ¿Acaso no se lo merecía, el muy cerdo?

—¿Qué hizo él? —sonrió maliciosamente Chong Ho.

—Pues… se puso pesadísimo, quería ponerme las manos en todas partes. Le aseguré que no iba a conseguir nada, y entonces, tal como yo deseaba, se puso violento, además de apasionado.

—¿Y qué ganó usted con que él se pusiera violento? —inquirió, sorprendido, Rottenmayer.

—Me dio la ocasión y el pretexto para aplicarle un buen golpe de karate… Cuando me marché de allí, con una botella de champaña y un disco que me había gustado, el senador dormía, desnudo, en el suelo.

—¡Estupendo! —rió Claudel—. ¿Qué pasó luego?

—Pasó que cuando el senador volvió a verme se sofocó, desvió la mirada… y jamás volvió a acercarse a mí. Y pasó que no conseguí mi sueño dorado de ser jefe de Sector de la CIA.

—¿Y aún no lo es? —preguntó Klopoucha.

—Espero la ayuda de todos ustedes para conseguirlo: si cazamos a *Naif*, mi participación en este asunto será muy tenida en cuenta en Langley.

—Lo cazaremos —dijo secamente Seymour Douglas—… Que nadie tenga la menor duda al respecto.

—¿Por qué está tan seguro?

—Conozco bien a Lord Kingstone. Si él ha organizado esta unión de fuerza, con vistas a cazar a *Naif*, tengan la seguridad de que el plan debe ser impecable.

—¿Usted lo conoce? —preguntó Mosser.

—Sí. Pero quiero que entiendan, desde ahora mismo, que a efectos de este trabajo, yo soy uno más para Lord Kingstone.

Ciertamente, mi presencia aquí no significa más que, en estos momentos, yo soy el hombre más adecuado en el MI6 para tomar parte en la cacería.

—Ese tipo tendría que estar ya muerto —dijo fríamente Klopoucha—. Ha dado lugar a una situación vergonzosa. Y me pregunto por qué nosotros la hemos estado aceptando. ¡Es inadmisible que nuestros jefes le compren información que ha costado la vida a agentes secretos de alto nivel, asesinados! Y no habló sólo de los rusos.

—Realmente, no deberíamos haber tolerado eso —gruñó Franz Rottenmayer.

—Podríamos declararnos en huelga —dijo Amy Flowers.

—¿Qué?

—¿Por qué no? —rió Salvatore—. La señorita Flowers tiene razón: puesto que compran material a *Naif*, que él les haga todo el resto del trabajo.

—Es una idea a considerar, desde luego —sonrió Claudel—… Aunque supongo que usted está bromeando, señorita Flowers.

—No.

Fue un *no* seco, claro, rotundo. Los demás se quedaron mirándola unos segundos, con nuevo interés. Durante un par de minutos más, nadie habló. La camioneta circulaba a buena velocidad, por piso en buen estado, casi silenciosa, sin sacudidas. De cuando en cuando, el zumbido de un coche, cruzándose con ella, llegaba al interior de la caja, como un breve rumor irreal.

—¿Alguno de ustedes conoce el castillo de Lord Kingstone? —preguntó Amy.

—Yo —asintió en el acto Seymour Douglas—. Pero sólo estuve allí una vez, así que quizá no podría detallarlo muy bien… De todos modos, pronto llegaremos, y podremos verlo bien.

—Pero podría describirlo en líneas generales —arguyó el egipcio Maher—, de modo que al menos sepamos dónde vamos a meternos esta noche.

—Bueno, es un castillo rodeado de un foso, y con un puente levadizo —sonrió simpáticamente el británico—. Todo funciona como hace cientos de años, sólo que, claro está, utilizando adelantos modernos. Por ejemplo, para alzar o bajar el puente basta apretar un botoncito; todo está limpio, hay calefacción, se ha

habilitado garaje reduciendo las cuadras… El castillo debe tener unas treinta habitaciones, varios cuartos de baño en cada ala, teléfono… Digamos que Lord Kingstone vive en un sofisticado marco antiguo, con unas no menos sofisticadas comodidades modernas.

—Es de suponer que estará solo —deslizó Mosser.

—Sí, es de suponer. Aparte del servicio, claro, que no debemos dudar serán hombres de plena confianza de Lord Kingstone. Como el que conduce esta camioneta, por ejemplo.

—¿Agentes británicos? —miró Amy a Douglas.

—Naturalmente. ¿Qué otra cosa, sino?

—Esta es una curiosa reunión —movió la cabeza Chong Ho—. Es bien cierto que todos estamos deseando eliminar a *Naif*, pero les aseguro que el Lien Lo Pou jamás habría aceptado enviarme a mí, o a cualquier otro, de no mediar la intervención de Lord Kingstone.

—Me parece que lo mismo podemos decir todos —asintió Ennio Salvatore—… Esperemos que el prestigio de Lord Kingstone esté a la altura de esta movilización de espías de primera categoría, y que su plan sea definitivo.

—Hay algo que yo he estado pensando, durante el viaje —murmuró Amy Flowers—… Y es lo siguiente: ¿cuál puede ser el plan de un hombre que hace años no está en activo? Sí, de acuerdo, soy la primera en admitir que la experiencia de Lord Kingstone en espionaje debe ser superior a la de cada uno de nosotros, por lo menos, a la mía. Pero… una cosa es la experiencia teórica y otra cosa es la experiencia práctica.

—Estoy de acuerdo con la señorita Flowers —saltó inmediatamente Cirilo Klopoucha—: Lord Kingstone no sabe cómo desarrollamos actualmente las acciones, los agentes como nosotros… Es decir, lo sabe teóricamente, puesto que él debe idear y dirigir algunas para el MI5 y el MI6. Pero idear y dirigir no es realizar. Un hombre inactivo no puede juzgar, con toda la exactitud conveniente, las situaciones y reacciones físicas y mentales de personas como nosotros, en un espionaje actual.

—Estoy seguro —refunfuñó Douglas— de que Lord Kingstone habrá tenido en cuenta absolutamente todos los factores.

—Ojalá sea así, pero lo dudo.

De nuevo quedaron silenciosos. Y, de pronto, el vehículo

comenzó a rebotar, evidenciando el cambio de piso. Esto duró apenas ocho o diez segundos. Luego, aunque se notaba que ya no iban por carretera asfaltada, la marcha volvió a ser suave. Ni uno solo de aquellos individuos dejó de comprender que estaban viajando ahora por un camino de tierra. Un minuto más tarde, el suelo retembló bajo las ruedas de la camioneta, y el británico exclamó:

—¡Ya hemos llegado! Estamos cruzando el puente, recuerdo perfectamente este sonido.

Sonido que fue brevísimo. De nuevo en suelo duro, y fino. Por fin, la camioneta se detuvo. Amy Flowers puso sobre sus rodillas el bolso de tela gruesa, y se quedó mirando hacia las puertas. Éstas se abrieron a los pocos segundos.

—Hemos llegado —dijo Stanley—. Sean tan amables de apearse.

El primero en saltar fuera de la camioneta fue Klopoucha, que se quedó mirando hacia el puente, el cual se estaba alzando silenciosamente. Cuando estuvo encajado en su sitio, completamente vertical, los espías cambiaron unas miradas. Luego, miraron alrededor. Había luz en la planta baja del castillo, en un amplio ventanal de cristales de colores, y se esparcía, en bonito tecnicolor, por la rectangular explanada. A ambos lados del puente levadizo había una torre, oscura. El muro debía medir no menos de cinco metros, grueso, solidísimo, sin duda alguna. A la izquierda se veían los edificios bajos de las cuadras, parte de ellas, según Douglas, habilitadas para garaje. Había en el suelo rebordes de piedra, que protegían algunos macizos de flores y de hierba.

A la derecha de la camioneta, en el sentido de la marcha, el castillo propiamente dicho. Alto, impresionante, con puntiagudas torres. Una amplia escalinata llevaba a la gran puerta, frente a la cual estaba ya Stanley, esperando a los espías, que por fin fueron hacia allí.

—La primera norma de Lord Kingstone —dijo siempre amablemente Stanley— es que todos ustedes deberán entregarme sus armas.

—¿Por qué motivo? —gruñó David Mosser.

—Vamos, Mosser, no sea estúpido —gruñó también Douglas, sacando su pistola—: nos hemos reunido para tener más fuerza, no para disgregarla, matándonos unos a otros. Esa imbecilidad no se le

ocurriría a Lord Kingstone.

—No me gusta que me hablen así, Douglas.

—¿Pues cómo demonios quiere que le…? Está bien, tiene razón. Lo siento. Pero aquí está mi pistola, Stanley.

Todavía estaban vacilando los demás, cuando Amy Flowers abrió su bolso de gruesa tela, sacó una pistola, provista de silenciador, y la entregó a Stanley. Los demás, aunque un tanto reacios, fueron entregando también sus armas, que Stanley recogió en una tira de cuero, que sin duda llevaba para tal efecto, y que pasó por los guardamontes.

Entonces, señaló los reducidísimos equipajes de cada uno de los convocados.

—Lord Kingstone desea que ninguno de ustedes tenga comunicación con el exterior, de modo que dos de mis compañeros revisarán sus maletas, portafolios, bolsos… Esta reunión es exclusivamente para los agentes que van a intervenir en ella, por lo que no se permitirá que ninguno de ustedes, utilizando sus radios de bolsillo, comunique a nadie las conversaciones que se vayan sosteniendo.

—Esto me parece excesivo —refunfuñó Klopoucha.

—Vamos, Klopoucha —sonrió Claudel—… La idea de hacer venir a las cercanías del castillo a compañeros de nuestros respectivos servicios es muy normal, y no menos normal resulta que Lord Kingstone lo haya previsto. Mire, seamos consecuentes: ¿usted cree que podemos esperar algo malo de Lord Kingstone? Nuestros jefes saben que todo es idea suya, y, si algo nos ocurriese, las cosas se pondrían mucho peor de lo que ya están por culpa de *Naif*. Es absurdo mostrarnos desconfiados.

—Me parece que tiene razón —admitió Klopoucha—. Está bien, entregaremos ese material.

—Les están esperando adentro.

Entraron todos. El vestíbulo era enorme. En el techo había una grandiosa araña de cristal, que proporcionaba una luz abundante y alegre. En las paredes se veían hermosos tapices y cuadros, los muebles eran regios pero modernos… Chong Ho y Abbas Maher miraban con la boca abierta a todos lados. Amy Flowers, sonriente, observaba la parte alta de la escalera de mármol, que ascendía a la planta alta del castillo… Dos hombres descendían por esa escalera.

Dos atractivos, altos, serios y bien vestidos muchachos, rubios y atléticos, que se acercaron a ellos, les hicieron una seña hacia una puerta, y desviaron su marcha hacia allí.

Era un pequeño despacho, confortable, agradable. Uno de los recién aparecidos señaló la mesa.

—Tengan la bondad de dejar sus cosas ahí, por favor.

Amy fue la primera en dejar su bolso. Los demás dejaron sus portafolios y pequeños maletines. Quedaron agrupados, observando a los dos hombres, que, con calma y excelentes modales, procedieron a un experto y sistemático registro de todos los equipajes, reiterando, sin inmutarse, las radios, incluso las más disimuladas y diminutas. La ropa de dormir de Amy Flowers arrancó algunas sonrisas a los espías: era un pijama encantador, de color rojo y de transparencias muy bien sugeridas.

—Me gustaría vérselo puesto —dijo Ennio Salvatore.

—No pierda la esperanza —sonrió Amy.

—Bueno —movió la cabeza el italiano—… la verdad es que no me gustaría que me ocurriese lo mismo que al senador.

Hubo alguna sonrisita. Los dos rubios sujetos terminaron su examen, esperaron a que cada cual se hiciera cargo de sus cosas, y fueron hacia la puerta.

—Avisaremos a Henry para que sirva la cena dentro de veinte minutos —dijo uno de ellos—. Salvo que alguno de ustedes precise más tiempo para instalarse. Por aquí, por favor.

—Un momento —alzó la mano Rottenmayer—… ¿Acaso no vamos a ver a Lord Kingstone?

—Lord Kingstone les recibirá después de que hayan cenado ustedes, y les pide disculpas por no poder acompañarles. Está terminando de ordenar algunos datos.

—No es muy cortés por su parte recibirnos así, de todos modos, me parece —dijo, con tono amable, Amy Flowers.

No obtuvo respuesta, y, como los demás, tuvo que resignarse. Segundos después, los espías subían la amplia escalinata, precedidos por los dos rubios y atractivos muchachos, que se presentaron al llegar arriba:

—Somos Luke y Michael, y si algo necesitan, una vez estén instalados, sólo tienen que pulsar el botón que encontrarán en sus habitaciones junto a la cama. En primer lugar, la señorita Flowers,

que ocupará…

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —le interrumpió Amy.

Michael sonrió casi alegremente.

—Mientras viajaban hacia aquí, Stanley nos llamó por su radio, y nos puso al corriente de la indisposición de la agente Baby y todo lo demás. Esperamos que eso no le sorprenda.

—Lo único que me sorprende es mi tontería por no haber pensado en ello —refunfuñó Amy—… ¿Cuál es mi habitación?

Capítulo III

La habitación de Amy Flowers era amplia, con un enorme lecho, cuarto de baño anexo, y confortables muebles auxiliares. Una amplia ventana daba directamente por la parte de atrás del castillo sobre el foso que, para sorpresa de la espía norteamericana, estaba lleno de agua. Calculó la distancia entre el muro del castillo y el borde del foso al otro lado, protegido por un bajo muro de piedra… Nueve o diez metros. Distancia imposible de salvar, sin el puente levadizo, lo que significaba que, mientras éste estuviese alzado, nadie podría entrar… ni salir del castillo. Al menos, con normalidad.

Dejó de mirar por la ventana, y volvió hacia la cama, sobre la cual había dejado su bolso de viaje. Sacó el pijama, que dejó sobre, la almohada, y luego fue al cuarto de baño. En una repisa de cristal, colocó sus útiles de aseo: cepillo de dientes, pasta dentífrica, una botellita de lavanda, otra de perfume, otra con gel de tono rosado… El silencio era tal; que se oían, inusitadamente fuertes, los golpecitos de cada frasco, al ser colocados sobre el estante de cristal…

Era un silencio de tumba.

El cepillo para el cabello, unas pinzas, un peine con empuñadura de oro, una barrita de carmín, también en estuche de oro, maquillaje para los ojos… Objeto tras objeto, Amy Flowers fue depositándolo todo sobre el estante. Las cosas no relacionadas con el aseo, las dejó dentro del bolso… después de estar contemplando con expresión dubitativa un bolígrafo, también de oro.

Se maquilló los ojos, se pintó cuidadosamente los labios con un tono rojo-violáceo de puesta de sol, se miró las bellas manos elegantes y bien arregladas… ¡Qué silencio!

Un silencio tal, que oyó las pisadas ante su puerta, antes de que sonase la llamada en ésta, y acto seguido se oyese la voz de Roger

Claudel:

—Señorita Flowers, ¿quiere que la espere para bajar al comedor?

Amy fue a abrir, y sonrió al hombre del SDECE.

—Es usted muy amable, señor Claudel. Ya estoy lista.

—Estupendo. Esperemos que Lord Kingstone sepa obsequiarnos con una cena adecuada. Aunque no sé, no sé, tengo mis dudas… ¡Al fin y al cabo, sólo es inglés!

—¡Sssst! —se llevó Amy un dedito a los labios, sin poder evitar la risa—. ¡No sea descortés, señor Claudel!

—Llámame Roger. Y es cierto que los ingleses no saben comer;… ¡No, al menos, cómo sabemos los franceses!, ¿no le parece?

—Personalmente, estoy de acuerdo con usted —asintió Amy—, pero no es cosa que debamos exponer en estos momentos. Por otra parte tengo el presentimiento de que Lord Kingstone nos va a obsequiar con una cena excelente.

—Me sorprendería, pero ojalá sea así…

Se abrió otra puerta y apareció silenciosamente Chong Ho, que sonrió al verles. Es decir, movió las facciones, formando con ellas una sonrisa muy bien lograda, simplemente.

—¿Sabían ustedes que la cocina más extendida por el mundo es la china? —preguntó, evidenciando que poseía un finísimo oído.

—Tonterías —rechazó Claudel—: la mejor cocina del mundo es la francesa.

—Después de la china, quizá —dijo suavemente Chong Ho.

Otra puerta se abrió, y apareció Klopoucha, con un cigarrillo colgando de los labios. Al ver el pequeño grupito en el amplio pasillo sonrió; y alzó las cejas, en un gesto casi simpático.

—Estupendo lugar —comentó.

—Espero que no haya intentado arrancar el grifo del agua caliente —deslizó siempre suavemente Chong Ho.

—¿Por qué habría de hacer semejante cosa? —se sorprendió un poco Klopoucha.

—Por atavismo. Dice la Historia que, cuando los soldados rusos entraron en Alemania, en el año cuarenta y cinco, arrancaban los grifos de las casas alemanas para llevárselos a Rusia, convencidos de que así tendrían agua siempre que quisieran.

Cirilo Klopoucha palideció intensamente, pero Amy Flowers no

le dejó ni abrir la boca para replicar, apresurándose a salvar una situación absurdamente peligrosa, provocada por el insidioso Chong Ho. La negrita se tomó de un brazo del ruso, y tiró de él con insospechada fuerza, llevándolo hacia la escalinata.

—Estábamos hablando de cocina, Klopoucha. ¿Cuál es su preferida? ¡Y no me diga que es la rusa! Aunque si lo dice, lo comprenderé, pues los rusos son muy patriotas… ¿O no? Se lo pregunto porque si no es usted muy patriota, quizá aceptaría venirse conmigo a Estados Unidos.

Cirilo la miró, estupefacto.

—¿Me está proponiendo que deserte? —exclamó.

—¡Naturalmente! —se sorprendió graciosamente Amy Flowers —. ¿Acaso no es obligación de todo buen espía americano conseguir deteriorar la moral del espionaje soviético, con la deserción de sus mejores hombres?

Cirilo Klopoucha no pudo contener una carcajada.

—¡Me gusta usted, señorita Flowers! ¿Habla ruso?

—Lamentablemente, no. Pero está claro que usted y yo podemos entendernos perfectamente en inglés.

—Me parece —frunció el ceño el ruso— que aunque todos hablemos inglés aquí, el buen entendimiento va a ser un tanto problemático.

—Si lo dice por nuestro colega Chong Ho, olvídelo. ¿No es curioso lo que ocurre con las civilizaciones…? En mi opinión, el mundo debe mucho a China, en cuanto a cultura y refinamientos. Muchas cosas agradables provienen de China, que hace unos años era la nación de trato más exquisito. En cambio, ahora, se muestran desconfiados y un tanto agresivos. ¿Por qué será?

—Está tratando de decirme algo, ¿verdad?

—Pues sí. Más o menos, intentaba decir que los chinos están muy escamados con respecto a otras razas. De esas otras razas, sólo han recibido disgustos de toda clase. Y no me negará usted que, últimamente, Rusia está un tanto desagradable con China.

—Lo que, según usted, justificaría la animosidad de Chong Ho hacia mí.

—¿No está de acuerdo? —sonrió Amy.

—Me parece —acabó por sonreír también Klopoucha— que lo mejor será que no discutamos entre nosotros por nada. ¿Verdad?

—Ahí quería ir yo a parar. Bien, vamos a ver qué cena nos ha preparado Lord Kingstone.

Estaban ya entrando en el comedor. La mesa había sido dispuesta para nueve comensales exactamente, y cada uno de ellos tenía una tarjeta, con su nombre, junto a sus cubiertos. Sólo hubo un pequeño fallo de organización: no constaba el nombre de Amy Flowers, y sí el de Baby. La negrita se lo tomó por el lado amable.

—Evidentemente, no se puede culpar a Lord Kingstone por este pequeño fallo. Y supongo que no ocurrirá nada por el hecho de que yo ocupe el sitio de mí compañera, de la CIA.

—Lo que yo me pregunto —deslizó Seymour Douglas— es por qué han colocado a Baby a la cabecera de la mesa.

—¿No está de acuerdo? —le miró amablemente Claudel.

—Sólo pregunto el significado de ello.

—Si lo desea —sonrió Klopoucha—, cualquiera de nosotros puede explicárselo, Douglas. Aunque quizá no lo entendería, pues claro está, debe usted considerarse mucho mejor agente que nuestra colega americana.

—¿Por qué no? —alzó la barbilla el británico.

Se quedaron mirándole todos, un tanto sorprendidos. Por fin, el hosco Rottenmayer soltó un bufido.

—Siéntese usted donde guste —gruñó—. En lo que a mí respecta, no tengo nada que oponer a la cabecera de la mesa, y puesto que la señorita Flowers ocupa el lugar de Baby, ese es el sitio que le corresponde.

Se sentó, y los demás hicieron Id mismo. Solamente Douglas y Amy quedaron de pie, mirándose. La negrita sonrió amablemente.

—No tengo inconveniente en cederle este sitio, Douglas.

Él británico farfulló, algo, y se sentó ante su tarjeta. La preciosa negra sonrió de nuevo, se sentó a la cabecera de la mesa, y dijo:

—Espero, que nos sirvan *Coca-Cola*.

Excepto el todavía enfurruñado Douglas, los demás dejaron escapar su risa. Cirilo Klopoucha, que estaba en segundo lugar a la derecha de Amy, de perfil a ésta, como los demás, la miraba cada vez con más curiosidad e intención. Para el ruso, los datos se iban sumando a su sospecha sobre la auténtica personalidad de Amy Flowers; Sólo que de ninguna manera podía admitir que la auténtica agente Baby bebiese *Coca-Cola* con la cena. Imposible.

Para el servicio, habían sido designados Stanley, Michael y Luke que estaban cuchicheando, cerca de la puerta del comedor. Stanley salió rápidamente. Claudel, que estaba a la izquierda de Amy, se inclinó hacia ésta, con una sonrisa traviesa en los labios.

—Me parece que les ha puesto usted en serios apuros.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Apostaría a que Lord Kingstone dispone de los mejores vinos, del más refinado champaña, buenos licores, y excelente café… Pero dudo mucho que haya *Coca-Cola* en el castillo.

—¡Oh, bueno…! Si es por eso, no hay problema: ¡beberé champaña, si no hay más remedio!

Los demás volvieron a reír. Klopoucha sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios, y se quedó mirando a Amy, que le contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Le molesta que fume? —sonrió el ruso.

—Pues sí, señor, me molesta. Estamos aquí para comer, no para fumar.

—Esa es otra costumbre rusa —dijo Chong Ho—. Como la de los grifos.

Amy Flowers se adelantó a cualquier reacción por parte de Cirilo Klopoucha, preguntando:

—¿Dónde está su coleta, Chong Ho?

—¿Mi qué? —respingó el chino.

—Su coleta trenzada y lustrada con aceite. Yo tenía entendido que todos los chinos llevaban coleta.

Chong Ho palideció, y quedó mudo, mientras los demás hacían lo posible por contener la risa, y Klopoucha aplaudía y decía:

—Muy fina su intervención, señorita Flowers. ¿Sabe lo que pienso, al respecto? Pues pienso que nuestro colega, hijo del celestial imperio, se cortó la coleta antes de venir aquí para que no nos diésemos cuenta de que es chino.

—Me parece que han hecho bien en quitarnos las armas —dijo Amy, risueña—. De otro modo, ya habríamos empezado a tiros.

Hubo más risas. Chong Ho había bajado la cabeza, y permanecía sumido en sombrío silencio, reflexionando sobre lo mucho que se había merecido el ataque verbal de Amy Flowers. ¡La muy cochina negra…!

Stanley regresó, con aspecto consternado, y fue directo hacia la

bellísima negrita.

—Lo siento, señorita Flowers —se disculpó, molesto—… No hay *Coca-Cola*. De todos modos, podemos ir ahora mismo a Earls Coine para adquirir unas cuantas botellas. Lord Kingstone desea…

—Están sobreentendidos los buenos deseos de Lord Kingstone. Beberé champaña… ¿O tampoco hay champaña?

—Oh, sí —sonrió, aliviado, Stanley—… ¡Champaña tenemos todo el que desee!

—Pues por mí está bien… ¡Ya beberé *Coca-Cola* cuando vuelva a casa! No sé qué les ocurrirá a los demás, Stanley, pero yo tengo auténtico apetito.

—Servimos la cena inmediatamente.

—Supongo que no habrá carné de cerdo —murmuró Abbas Maher.

—No, señor, por supuesto. Todo ha sido tenido en cuenta. Y les aseguro que Henry se ha esmerado.

Fue cierto, y hasta Roger Claudel tuvo que admitir que *no había estado mal del todo*: ostras servidas con hielo picado y acompañadas de fino vino francés; sopa de tortuga (para seguir en el mar, según comentario de Amy Flowers); ensalada de apio, tomate, endibias y pimiento rojo; *tournedó* con sabrosísimos champiñones… De postre, *soufflé*, naturalmente. El champaña no faltó ni un instante, y el soviético Klopoucha batió cualquier marca imaginable, bebiéndose él solo dos botellas y media sin inmutarse, ante el auténtico pasmo de los demás. Abbas Maher fue quien lo pasó peor, en cierto modo, aunque fue por su gusto y convicción: bebió sólo agua mineral.

—Se me está ocurriendo —dijo Ennio Salvatore, con el vientre lleno de *tournedó*— que podríamos hacer de cuando en cuando una reunión como esta, para celebrar el exterminio de *Naif*.

—Aceptado —dijo enseguida Amy Flowers—… ¡Y yo pago toda el agua que sea capaz de beber Abbas Maher!

Más risas. Abbas Maher, que estaba de mejor humor y más comunicativo, miraba ya con simpatía a la negra. Incluso Chong Ho parecía tener un color facial un tanto más sonrosado.

—Naturalmente, el coñac será francés —dijo Claudel.

—Se lo regalo —dijo Abbas Maher—. Pero espero que el café sea Moka auténtico.

Amy Flowers iba mirando de uno a otro, con una indefinible expresión, que tenía intrigado a Klopoucha, al que la ingestión de champaña no había alterado en lo más mínimo. ¿Qué expresión era la de la negrita…? ¿Amabilidad? Sí, pero… algo más. ¿Se sentía satisfecha? Sí, pero… algo más. ¿Complacencia? Sí, claro, también, pero… algo más. Y, de pronto, atónito, Cirilo Klopoucha consiguió definir en su mente aquella expresión de Amy Flowers: era benevolencia y afecto. La negrita estaba mirando con afecto auténtico a ocho hombres que, dentro del espionaje internacional, posiblemente no tenían parangón: hombres curtidos, aunque algunos, como Salvatore y Claudel, fuesen quizás una pizca demasiado jóvenes: hombres peligrosos, imprevisibles, dispuestos a todo en cualquier momento, para quienes matar no significaba el más pequeño trauma…

—Me parece que a Klopoucha le ha hecho efecto el champaña, por fin —se sobresaltó el ruso, al oír a Amy Flowers—: se ha quedado como quien ve el cielo… sólo para él, claro.

Cirilo entornó los párpados, pero cuando iba a hablar, Stanley anunció que tenían servido el café y los licores en el salón… donde les estaba esperando Lord Kingstone. Todos se pusieron en pie rápidamente, y Claudel se adelantó a Salvatore, en ofrecer su brazo a Amy. Pero el desencanto del joven italiano duró poco, porque la negrita se asió también al suyo, sonriendo.

—Son ustedes encantadores… aunque no sean negros.

Riendo, salieron del comedor. Y segundos después, entraban en el salón, donde esperaban Michael y Luke. Todos buscaron con la vista inmediatamente a Lord Kingstone, pero tuvieron dificultades, debido a la especial iluminación del salón. A la izquierda de éste habían sido dispuestos nueve sillones, formando un amplio semicírculo, y encarados hacia el otro extremo del salón, donde había otro sillón, ocupado por un hombre que era apenas una silueta, debido a que la luz llegaba por detrás del sillón, procedente de una lámpara de pie. Frente a ese hombre había una mesita, en la que se veía el brillo de una botella, y de alguna cosa más.

Instruidos por los rubios y apuestos servidores del castillo, los espías fueron ocupando los nueve sillones, frente a los cuales había algunas mesitas con cafeteras, botellas de licor, cigarrillos, ceniceros… En silencio, todos fueron acomodándose, encendiendo

cigarrillos…

Claudel se inclinó hacia el sillón ocupado por Amy.

—Para que luego digan que el mundo del espionaje es vulgar —susurró—… Hacía tiempo que no me divertía tanto.

Amy Flowers no contestó. Estaba mirando fijamente hacia Lord Kingstone, que permanecía inmóvil. Llegando por detrás, la luz se reflejaba en su noble cabellera, casi completamente blanca. El café fue servido finalmente a todos, y Stanley se acercó a Lord Kingstone, se inclinó sobre la mesita, pareció servir café y, acto seguido, se dirigió a la puerta, salió en pos de sus dos compañeros… y la doble y sólida puerta fue cerrada.

Todas las miradas estaban fijas en Lord Kingstone, que continuaba inmóvil. Klopoucha frunció el ceño y se inclinó para tomar su taza de café. Abbas Maher ya estaba bebiendo, sin importarle poco ni mucho que fuese café árabe o no, en realidad. Amy Flowers tenía la cabeza ladeada, los párpados entornados, fijos sus negros y brillantes ojos en aquella silueta humana, en aquel auténtico zorro del espionaje internacional, que aún no había dicho tan siquiera *buenas noches*.

—Dama y caballeros —sonó, de pronto, una voz susurrante—, mi agradecimiento por su presencia, en primer lugar. Espero que hayan sido…

Entre los espías había habido un movimiento brusco, incluso alguna contenida exclamación. Se cambiaron miradas de desconcierto y sobresalto. Fritz Rottenmayer comenzó, a ponerse en pie, pero una manita de Amy le retuvo.

—Quietos todos, por favor —musitó la negrita.

Nadie se movió, y la atención regresó a aquella voz, que había seguido sonando impertérrita:

—… La cena haya sido de su agrado. Sé bien que no ha sido una cena copiosa, pero espero que la calidad haya merecido su aprobación. Ya saben ustedes que la última cena, la cena de los condenados a muerte suele ser opípara. Espero haberlo conseguido.

Hubo una pausa.

Luego:

—Bien… Voy a hablarles de mí, en primer lugar, y espero que no lo tomen como descortesía. Como ya saben, mi nombre es Mathew Kingstone, y estoy seguro de que todos han oído hablar de

mí, hace tiempo. Desde hace treinta y cinco años, estoy considerado como uno de los espías más completos, en cuanto a capacidad cerebral, y no tanto en cuanto a mis capacidades… físicas, las de acción. De todos modos, yo siempre he creído qué el espía debe ser, ante todo, cerebro, y espero que estén de acuerdo con ello. Utilizando este privilegiado cerebro mío, y contra lo que todos han pensado siempre, he sido un traidor a mí patria y, en su tiempo, a los aliados. Claro… les estoy hablando de hace muchos años, pero la traición no envejece, ¿no les parece? Si fui traidor, el tiempo no ha disminuido mi crimen. La traición es un delito que no prescribe, debe estar siempre vigente. Supongo que les estoy sorprendiendo, pero, por favor, no duden de mis palabras: fui traidor hace muchos años y he seguido siéndolo después, Se les pondrían los cabellos de punta si les explicase todo lo que he ido vendiendo a Rusia durante estos treinta y cinco años. Naturalmente, los rusos me han mimado siempre al máximo, jamás han expuesto nada que significase el más mínimo riesgo de que yo fuese descubierto. Para los rusos, yo era *el hombre de oro* de su espionaje en Europa y, vamos a ser sinceros, en todo el mundo, gracias a las conexiones que poseo con los demás servicios secretos. Durante todos estos años, Rusia ha estado recibiendo de mí una corriente interminable de información, un chorro continuo de datos de todas clases. Para Rusia, yo era más valioso que cientos de sus agentes juntos. Yo, un solo hombre, conseguía para la MVD más que docenas y docenas de espías, incluso de los de primera categoría. Debo admitir, sin embargo, que esto no era un mérito especial mío, profesionalmente hablando, sino fruto de mí labor traidora dentro del Servicio Secreto de Su Majestad. Cualquier otro agente habría podido ir consiguiendo la misma información que yo en mi posición dentro de ese Servicio Secreto. La pregunta es si ese cualquier otro agente habría sabido vivir en esas condiciones durante tantos años. Yo creo que no, y ahí radica la diferencia entre mi capacidad cerebral y la de otras personas.

De nuevo una pausa.

En el silencio súbito, se oyó el chascar de un encendedor al ser accionado por uno de los espías, y otra nube de humo ascendió hacia el techo.

—Pero —prosiguió la susurrante voz— debe ser cierto que en

este mundo todo tiene principio y todo tiene fin, porque finalmente, fui descubierto. No por mis compañeros ingleses, desde luego, sino por una persona completamente ajena a mí círculo habitual de relaciones personales y profesionales. La persona que me descubrió se hace llamar a sí misma *Naif*. ¿Cómo pudo descubrirme *Naif*, cómo pudo conseguir él o ella esa información sobre mí? La respuesta es muy sencilla, realmente: *Naif* me descubrió porque uno de los rusos a quienes interrogó, bajo tortura, sabía la verdad sobre mí, la verdad que me definía como un traidor al Reino Unido, a los aliados de hace treinta y cinco años y a los amigos de ahora. Para mí desdicha, *Naif* fue a topar, casualmente, desde luego, con ese ruso que sabía prácticamente todo lo referente a mí. Y, sometido a tortura por *Naif*, le informó de ello, entre otras cosas. ¿Qué hizo *Naif* entonces? Veamos. Evidentemente, *Naif* es demasiado inteligente para reaccionar de modo inmediato: sabe pensar, y piensa muy bien. ¿Qué prisa tenía? Decidió guardar su conocimiento sobre mis actividades traidoras, a la espera de una ocasión adecuada. Y esa ocasión llegó por fin cuando, poco a poco, los espías de todo el mundo fueron cerrando el cerco alrededor de él. En la actualidad, *Naif* sabe que las cosas se le están poniendo cada vez más difíciles: se tienen ya algunas descripciones de su aspecto físico, que, aunque no sean en modo alguno exactas, pueden ir conformando un… retrato robot que, finalmente, podría acercarse a la realidad. Por otra parte, incluso los espías encargados de hacer contacto con él, estaban mostrándose… desagradables en los últimos tiempos. Así las cosas *Naif* tuvo que comprender que cualquier día uno de esos espías, en lugar de obedecer las órdenes de su Directorio, y pagarle a cambio de la información que él querría vender, le dispararía unos tiros a la cabeza, y punto final.

De nuevo una pausa.

Lord Kingstone continuaba sin moverse. En cuanto a los espías que le estaban escuchando se habían olvidado del café y de los cigarrillos, que humeaban en sus manos o en los ceniceros.

Y otra vez la voz:

—Era lógico, por tanto, que *Naif*, que ha ganado ya mucho dinero, pensase en terminar su trabajo, en retirarse invicto. Pero, en el fondo, a *Naif* esta retirada le parecía una especie de… huida, de admitir que había sido vencido, de admitir su miedo. De todos

modos, continuar era un suicidio, así que la decisión fue inapelable: se retiraría. Pero no suavemente, esfumándose en la oscuridad, como si nunca hubiese existido. ¡De ninguna manera! Y entonces, *Naif* decidió dar su último golpe, asesinando en masa a los mejores agentes secretos del mundo: ustedes. Planeó meticulosamente su plan, y vino a verme, puesto que en ese plan debía intervenir yo. Bajo la amenaza de delatarme al servicio secreto británico, con lo que arruinaría no sólo mi vida, sino la de toda mi familia, y todo el prestigio de los Kingstone, me obligó a poner en marcha este supuesto plan para acabar con él. Y así, yo fui enviando invitaciones a los servicios secretos más importantes, solicitando la presencia de su mejor agente, con el fin de ponerles en antecedentes de un plan perfecto para eliminar a *Naif*, el cual, insisto, lo que desea es matarlos a todos ustedes, a los mejores. Pero, claro, matar a los mejores espías del mundo no es cosa fácil, y *Naif*, que es muy inteligente, lo comprendió así: si tenía que ir cazándolos uno por uno, ese trabajo le llevaría años… en el supuesto de que pudiese ir haciéndolo, ya que, por ejemplo, ¿cómo matar a Baby, si ni siquiera sabe quién es y dónde está? Y lógicamente, si tenía que asesinar a los mejores espías del mundo, no podía dejar atrás a Baby, de ninguna manera, puesto que ella es, espero que todos ustedes lo admitan, la mejor… No, no podía ir cazándolos de uno en uno, así que me obligó a organizar esta reunión, con el lema de *la unión hace la fuerza*… Y la *fuerza, la victoria*. Pero, señores, la fuerza y la victoria… ¿de quién? Yo creo que de *Naif*. Por separado, ustedes eran prácticamente imposibles de cazar, no podemos olvidar que son los mejores. Pero juntos… ¡Ah, juntos se convierten ustedes en un pequeño rebaño de ovejas, que han sido traídas al matadero! La unión hace la fuerza, es cierto, pero, en este caso, la fuerza en favor de quien los ha unido a ustedes. ¿Acaso no es más difícil cazar conejos sueltos que acorralarlos a todos en una madriguera? Es cierto, están unidos, pueden conseguir así mayor fuerza… pero no en sus actuales circunstancias. *Naif* los ha reunido aquí para ser fuerte él, no ustedes. Aquí, están a su merced, todos juntos, todos convertidos en vulnerable rebaño. Si alguien dispara contra un solo conejo, quizá falle el disparo. Pero si alguien dispara contra un gran grupo de conejos, uno u otro caerá muerto. Ustedes son los conejos y *Naif* es él cazador. Lamento mucho haberlos metido en esto, pero,

en el fondo, ¿qué otra cosa podría esperarse de un traidor? Y ahora, con mi despedida, una última información que quizá les sea de relativa utilidad: *Naif* ES UNO DE USTEDES.

Capítulo IV

Otra vez el silencio.

Y la inmovilidad más absoluta.

Por fin tras algunos segundos, Amy Flowers fue la primera en reaccionar, inclinándose hacia la mesita y tomando su taza de café.

—¿Alguien me da un cigarrillo? —pidió—. Se me han terminado.

A su derecha, Claudel le ofreció el paquete. A su izquierda, Fritz Rottenmayer se puso en pie y fue hacia Lord Kingstone. El más cerca de la puerta, Chong Ho, fue a encender la luz general del salón, que por un instante los deslumbró a todos. Rottenmayer estaba ya junto a Lord Kingstone, pero no miraba a éste, sino el magnetófono que había sobre la mesita y cuya cinta giraba ahora en silenció, vacía.

Klopoucha se reunió tranquilamente con él y miró a Lord Kingstone.

—Está muerto —dijo, muy sosegado.

Rottenmayer ni siquiera se dignó contestarle, pues no necesitaba que nadie le dijese cuándo una persona está muerta o viva… Aparte de que, realmente, todos habían sospechado algo así cuando comenzaron a oír la voz, y se dieron cuenta en el acto de que brotaba de un magnetófono, no de un hombre… cuya inmovilidad era antinatural.

—Stanley debió poner en marcha el aparato, cuando pareció servirle café —dijo Mosser, acercándose.

—Lo que está bien claro —se acercó también Abbas Maher— es que la grabación no la hizo Lord Kingstone sino el propio *Naif*, disfrazando la voz.

—Es todo un escenario —sonrió ceñudamente Ennio Salvatore —. Pero me pregunto si se trata de una tragedia.

—Si Lord Kingstone está muerto, ya no puede ser una comedia

—farfulló Douglas—… Al menos, a mí no me divierte.

—Tómese las cosas con calma —murmuró Klopoucha.

—¿Por qué? —saltó el israelita—. ¡Yo creo que debemos marcharnos inmediatamente de aquí, y, desde luego, pedirles explicaciones a los del Servicio Secreto británico!

—¿Qué dice usted? —gruñó Seymour Douglas, con cara de mala uva—. Por qué a mí servicio, ¿eh?

—Bueno… Es evidente que…

—¡Aquí, lo único evidente que hay son sus malditas narizotas! —bramó Douglas—. ¿Es usted idiota, quizá? ¿Por qué demonios va a pedirle explicaciones al MI6, si todo ha sido obra e idea de Lord Kingstone y de *Naif*?

—Me estoy cansando de sus insultos, Douglas —susurró el israelita, pálido—… Ya le advertí antes.

—Tranquilícense —recomendó, con muy buen sentido, Ennio Salvatore—. Ni siquiera sabemos si todo lo que hemos oído es verdad, así qué…

—Claro que es verdad —llegó la voz de Amy Flowers.

Todos se volvieron hacia ella, que continuaba sentada en el Sillón, fumando y sosteniendo la copa de coñac entre sus finos dedos.

—¿Por qué ha de ser verdad? —frunció el ceño Douglas.

—Porque una mentira en estas circunstancias, sería una estupidez. Y lo último que podemos decir de *Naif* es que sea estúpido, o tonto siquiera. ¿Acaso creen que todo esto podría haber sido montado sin la colaboración… *voluntaria* de Lord Kingstone? Yo digo que no. Todo lo que hemos oído es cierto. *Naif* obligó a Lord Kingstone a ayudarle a montar la reunión, y luego lo mató y lo dejó aquí, con el magnetófono, para divertirse con nosotros.

—¿Supone? ¿Qué quiere decir?

—Bueno… Pensemos en la trayectoria de *Naif*, y en su esquema mental. Es un hombre que ha estado matando para conseguir informes internacionales, que luego ha ido vendiendo. Es decir, que ha estado haciendo todo eso por dinero. Se ha arriesgado mucho, pero, en todo momento, a cambio de una compensación económica. Sobre el mucho dinero que ha estado ganando, debe tener unos planes muy concretos, y, por supuesto, bien estudiados. La estupidez sería arriesgarse para ganar algunos millones… y luego

arriesgarse a cambio de nada, pudiendo perder la vida y por tanto, que no le sirviesen de nada los millones que ha ganado con tanto riesgo. Por lo tanto, puede ser cierto que piensa divertirse con nosotros… pero también espera algo más de nosotros.

—¿Qué puede esperar? —gruñó Chong Ho.

—Lo mismo de siempre: información.

Fritz Rottenmayer soltó un bufido.

—¡Está loco, si piensa conseguir información de mí! Además, eso de unirnos para hacer la fuerza… de él, me parece una majadería. ¡No se atreverá a molestarnos en absoluto! Somos demasiado bocado para una sola boca… ¡aunque esa sea la de *Naif*!

—Y por otra parte —insistió David Mosser—, podemos marcharnos cuando queramos, simplemente. Todo esto es absurdo.

—¿Realmente cree que puede marcharse tan fácilmente, David? —se sorprendió Amy—. ¿Cómo lo haría?

—Sólo tenemos que atrapar a uno de esos cochinos cómplices de *Naif*, y obligarles a abrir la puerta… bueno, a bajar el puente. Así de fácil.

—Me está usted decepcionando —encogió los hombros Amy.

—Pues usted no es precisamente un cerebro de primer orden. ¡Pensar que *Naif* pretende información de nosotros, en estas circunstancias, me parece una tontería!

—¿Más tontería que mantenernos todavía con vida cuando pudo habernos matado ya, envenenando la comida o la bebida? —replicó apaciblemente Amy Flowers.

David Mosser parpadeó, luego se mordió los labios, y, definitivamente, quedó sumido en hosco silencio, observado no poco irónicamente por los demás. Casi con la misma ironía fue observado Seymour Douglas cuando se dirigió hacia el teléfono que había sobre la repisa de la apagada chimenea, y se llevó el auricular al oído. Colgó a los pocos segundos, miró a los demás, y soltó un gruñido. Naturalmente, él teléfono no funcionaba.

—Bueno —dijo Klopoucha—, alguno de nosotros tuvo que ser lo bastante hábil para conseguir quedarse con un arma o una radio, ¿no?

La respuesta, fue el más sombrío de los silencios. Por fin, Amy Flowers se puso en pie, y se acercó a Lord Kingstone, que permanecía rígido, con los ojos abiertos, la boca crispada… No se le

observaba herida alguna, así que Amy lo movió un poco hacia delante, y entonces todos pudieron ver el diminuto y limpísimo agujero en la nuca del británico traidor, que estaba tan tieso como si fuese de madera.

—Eso no ha sido hecho por una bala —señaló Abbas Maher—… Yo diría que con un punzón, o un estilete muy agudo.

—Pero bueno —refunfuñó Chong Ho—… ¿Qué estamos esperando para marcharnos? Y si ello no es posible, ¿por qué no vamos a quitarles nuestras armas a los criados?

—¿Cómo lo haría, Chong Ho? —se interesó socarronamente Cirilo Klopoucha.

—Somos nueve y ellos son cuatro —replicó desabridamente el chino—: no se atreverán a enfrentarse a nueve personas como nosotros… ni siquiera estando desarmados.

—De todos modos, algo hemos de hacer —apoyó Douglas.

—Podemos hacer apuestas —propuso Amy.

Como casi siempre, su salida desconcertó a los demás.

—¿Apuestas? —se interesó Klopoucha—. ¿Qué clase de apuestas?

—Yo me apuesto ahora mismo un millón de dólares a que no sólo no van a poder quitarles las armas a Stanley, Luke, Michael y Henry, sino que a éstos ni siquiera van a encontrarlos en el castillo.

—Entonces… ¿quién va a vigilarnos y mantenernos a raya? —preguntó Claudel.

—Nosotros mismos nos vigilaremos unos a otros… ¿Acaso no ha oído usted, Roger, que uno de nosotros es *Naif*?

—¡Tonterías! —rió, despectivo, el agente francés.

—¿Los demás piensan igual que nuestro colega francés? —se interesó la negrita.

Silencio. Silencio absoluto. Y miradas furtivas de unos a otros. Roger Claudel palideció.

—Es una trampa… ¿No comprenden que es un truco para que nos matemos unos, a otros? Eso sería propio de una mente como la de *Naif*. ¡Es sólo un truco!

—Puede que sea un truco y puede que no —murmuró Amy—. Pero no perdemos nada siguiendo el juego.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Klopoucha.

—Si es un truco, está bien claro que no vamos a matarnos entre

nosotros. Si no es un truco, y realmente *Naif* está entre nosotros… ¿qué mejor ocasión que esta para matarlo?

—Magnífico —aprobó irónicamente el ruso—. Pero dígame: ¿cómo vamos a matar a *Naif*, si no sabemos cuál de nosotros es?

—Ustedes están locos —casi se encolerizó Claudel—… ¡Ninguno de nosotros puede ser *Naif*!

—¿Por qué no? —le espetó secamente Fritz Rottenmayer.

Roger Claudel se quedó sin saber qué decir. Comenzaron a mirarse unos a otros, inquietos, hasta que Amy alzó una mano.

—Las miradas no resuelven nada —dijo con indiscutible sensatez—. Si uno de nosotros es *Naif*, no vamos a saberlo por ese procedimiento.

—¿Qué procedimiento sugiere usted?

—No lo sé…

—Yo creo —recuperó el habla David Mosser— que deberíamos enfocar este asunto desde una base absolutamente cierta. Se supone que somos los mejores agentes secretos actuales en todo el mundo, ¿no es así?

—No es mi caso —recordó Amy Flowers—: recuerden que yo sólo estoy aquí como sustituía de Baby.

—De todos modos, no creo que sea tonta, ¿verdad?

—Me parece que no —admitió Amy—. Veamos, Mosser, según yo entiendo, usted pretende que solucionemos la situación utilizando básicamente la inteligencia. ¿Es así?

—Naturalmente.

—En lo que a mí respecta, estoy de acuerdo. ¿Cuál es su primera sugerencia inteligente?

—La primera de todas, marcharnos de aquí, sea como sea. Y espero que ninguno de ustedes diga que debemos quedarnos para afrontar una situación que, de principio a fin, ha sido preparada por *Naif*, el cual, lógicamente, debe tener todos los triunfos. Yo digo que afrontar la situación no sería inteligente.

Todos asintieron en silencio. No era miedo… O por lo menos, no era sólo miedo. Realmente, era absurdo enfrentarse a un enemigo desconocido que tiene todo un plan en marcha.

—¿La segunda sugerencia? —se interesó Maher.

—Si no conseguimos salir de aquí, cosa que dudo, vamos a dedicarnos todos a intentar identificar la voz grabada. No somos

precisamente unos ingenuos, de modo que creo que podríamos conseguirlo.

—Quizá podríamos conseguirlo —asintió Amy—. Pero ni siquiera tenemos la seguridad de que esa voz sea la de *Naif*. Podría ser la de sus amigos, la de cualquiera de ellos. O la de otra persona cualquiera, a la que se obligó a grabar todo eso y luego fue eliminada. Hay muchas posibilidades y variaciones admisibles en ese sentido. ¿Alguna sugerencia más?

—La última —deslizó Mosser—. Al menos, por mi parte. Si no logramos salir ni identificamos la voz de *Naif* para poder matarlo, pasaremos el resto de la noche todos juntos. De este modo, *Naif* no podrá hacer nada, pues nos estaremos controlando unos a otros.

Hubo murmullos de asentimiento. Amy Flowers alzó una mano.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó.

La afirmación fue colectiva, sin ninguna vacilación.

Chong Ho comenzó a caminar hacia la puerta y los demás se quedaron mirándolo. En la mente de todos estaba la idea de que, posiblemente, aquella puerta no pudiera ser abierta, cuando menos normalmente… Pero se equivocaron. El chino abrió la puerta con toda normalidad y se volvió a mirar a sus colegas, que comenzaron a caminar hacia allí.

—¿Qué hacemos con Lord Kingstone? —murmuró Douglas.

—No podemos hacer nada con él ni por él —masculló Claudel—. De momento tendrá que quedarse ahí. Salgamos.

El grandioso vestíbulo estaba en silencio, sin presencia humana a la vista. Fueron a mirar al comedor, pero tampoco allí había nadie. En el pequeño despachito donde habían entregado sus radios de bolsillo, tampoco había nadie ni, por supuesto, rastro alguno de sus radios ni de sus armas. El silencio de tumba era impresionante.

Ennio Salvatore, que estaba mirando un cuadro colgado en la pared de detrás de la mesa, se acercó, lo abrió como si fuese la tapa de un libro. Y todos se quedaron mirando la caja fuerte empotrada en la sólida pared.

—Es una *Howard & Hailey* americana —murmuró el italiano—. No conozco su diseño muy bien. Si pudiésemos abrirla, quizá encontrásemos dentro nuestras armas.

—No lo creo —negó Amy.

—No perdemos nada probando —apoyó Rottenmayer a

Salvatore.

Amy Flowers encogió los hombros, se acercó a la caja, comenzó a mover el dial con sus finos deditos y, para admiración de todos, la compuerta estuvo, abierta en menos de quince segundos. Pero antes de acercarse, ya todos vieron que la caja estaba vacía. Aparentemente vacía nada más, ya que Amy metió una mano dentro y la sacó sosteniendo un papel. La negrita se volvió sonriendo secamente hacia sus colegas.

—¿Quieren que la lea en voz alta? —ofreció.

No hubo necesidad de palabras para comprender que todos lo deseaban. Amy Flowers bajó la mirada hacia el papel y leyó:

> *PRIMERA CONDICIÓN PARA SALIR CON VIDA DEL CASTILLO:*
>
> *Cada uno de ustedes deberá escribirme informes concretos y bien detallados en todos sus puntos sobre los siguientes temas:*
>
> *a. Relación de nombres que componen las juntas directivas de sus respectivos servicios.*
>
> *b. Longitud de onda especial de sus respectivos servicios, en todos los puntos clave de Europa, Asia y América.*
>
> *c. Nombres de los jefes de esos puntos clave en los continentes mencionados.*
>
> *d. Efectivos en personal y elementos técnicos en cada uno de los dichos continentes.*
>
> *e. Ultimo sistema que cada uno de sus servicios está utilizando para manipulación de masas en ciudades importantes de países donde realicen actividades.*
>
> *f. Relación completa de proyectos de subversión, terrorismo, e infiltración de agentes de sus servicios en otros países.*
>
> *g. Relación de agentes extranjeros que sus servicios tienen localizados en sus respectivos territorios nacionales.*

h. Acuerdos privados que sus servicios tengan con otros correspondientes a países aparentemente enemigos.

i. Número clave de cada uno de ustedes, correspondientes a sus cuentas secretas en Suiza y modo exacto de retirar sus ahorros.

j. Nombres completos y auténticos de cada uno de ustedes, así como la dirección de sus domicilios en su país.

Les sugiero que estudien bien mi propuesta antes de rechazarla.

Cordiales saludos de NAIF

Cuando Amy terminó de leer, hubo algunos segundos de silencio. De pronto, Claudel sonrió.

—Caramba —deslizó socarronamente—, menos mal que no nos ha preguntado el teorema de Pitágoras, porque eso no lo recuerdo.

—Podría complacer a *Naif* en la casi totalidad de los puntos que menciona, pero, sinceramente, no me da la gana. ¿Les parecería buena idea que todos escribiésemos algo para hacer comparaciones de letra y así…?

Sonriendo, Amy tendió el papel a Claudel, que lo miró, frunció el ceño, y sonrió de nuevo, encogiendo los hombros. No se sorprendió demasiado de que la misiva estuviese escrita a máquina, naturalmente.

Los demás la fueron examinando también, pero nadie tuvo ninguna idea que mereciese la pena ser expuesta. Amy guardó la nota, y señaló la puerta del despacho. Salieron de nuevo al vestíbulo, directos hacia la gran puerta que daba al gran patio. David Mosser iba en cabeza, muy decidido, y ya se disponía a poner la mano sobre la manilla de bronce, cuando Amy lanzó un respingo y exclamó:

—¡Espere, David! ¡No toque eso!

Mosser volvió la cabeza un instante, pero no hizo caso. Puso la mano sobre el reluciente bronce…

¡FSSSSS…!, sonó la descarga eléctrica al pasar de la manilla al cuerpo de David Mosser. Éste pareció envuelto en luz, un instante, y

salió disparado hacia atrás por la terrible fuerza de la descarga. Cayó de espaldas y de cabeza, que chascó sonoramente en el reluciente piso. Acto seguido, quedó inmóvil.

Rottenmayer se acercó a él, se arrodilló a su lado, y se quedó mirándolo. El rostro de David mostraba una horrenda mueca de espanto y dolor. El alemán se pasó la lengua por los labios, y miró hacia los demás, demudado.

—Está muerto —susurró.

Sobrevino un largo silencio, hasta que se oyó la voz de Cirilo Klopoucha:

—Está bien claro que *Naif* quiere nuestras informaciones, pero también está claro que puede prescindir de algunas de ellas, si eso sirve para convencer a los demás.

—Incluso es posible que lo de esos informes sea sólo un intento más bien indiferente —musitó Amy—… Si los consigue, bien. Si no los consigue, le tiene sin cuidado: ya tiene suficiente dinero para hacer lo que quiere.

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó Douglas.

—Yo diría que, si realmente es uno de nosotros, quiere, al terminar este asunto, que se acepte su baja en el servicio al que pertenece. Nadie podrá censurarle que se retire.

—Vamos, vamos —movió la cabeza Klopoucha—… Si de este castillo solamente saliera vivo uno de los que hemos sido invitados, todos nuestros compañeros sospecharían de él. No viviría ni una semana.

Los demás aprobaron las palabras de Klopoucha, pero Amy no cedió.

—Puede que me haya equivocado en la forma —dijo—, pero no en el fondo. Él quiere retirarse, y lo hará… si sale vivo de aquí. Supervivencia que, lógicamente, debe tener muy bien estudiada. Ya se me ocurrirá algo más convincente.

—De momento —dijo Rottenmayer—, yo sugiero que volvamos todos al salón. Permaneceremos juntos, y estudiaremos la voz de la grabación.

—Deberíamos hacer otro intento —dijo Chong Ho—… No sólo se puede salir por la puerta: también podemos utilizar las ventanas.

—Las ventanas dan al foso —dijo Klopoucha—… Quiero decir, las ventanas accesibles, ya que las de la planta baja, no sé si lo ha

observado, tienen rejas… Muy artísticas, pero rejas.

—Pues saltemos al foso desde una de las ventanas de arriba —insistió el chino.

—Aunque ello sea posible… que supongo lo es… ¿cómo saldría usted del foso, Chong Ho? —preguntó Amy—. Lo de caer desde ocho o diez metros al agua no importa, ni tampoco presenta dificultad alguna nadar hasta el muro exterior… ¿pero cómo escalará usted ese muro, partiendo desde el agua? Desde ésta al borde, hay no menos de cuatro metros.

—Este es un viejo castillo —insistió Chong Ho—… Seguramente habrá grietas entre las piedras del muro, y podríamos escalarlo. Por otra parte, pienso que quizá nos viesen desde el exterior, y viniesen en nuestra ayuda.

—¿Quién habría de vernos? —se sorprendió Douglas.

—No es mi caso, pero supongo que alguno de ustedes tendrá compañeros cerca del castillo, para intervenir en caso necesario…

—Usted no entiende —masculló el británico—: esta reunión fue sugerida por Lord Kingstone, en quien todo el mundo ha estado confiando en todo momento. Lord Kingstone ha invitado a unos cuantos agentes secretos, con el fin de instruirlos para cazar a *Naif*, y eso es todo. ¿Por qué demonios el MI6, por ejemplo, tendría que estar vigilando el castillo?

—Bueno… Quizá la CIA, o la MVD, o… ¿No?

Todos estaban moviendo la cabeza. ¿A quién se le habría de ocurrir desconfiar de una invitación de Lord Kingstone, del Servicio Secreto de Su Majestad Británica?

—Podríamos conseguir contacto con los radios, eso sí —dijo Klopoucha—, pero le aseguro que ninguno de mis camaradas está lo bastante cerca del castillo como para que pudiese ser visto y ocasionar molestias en las relaciones actuales entre británicos y rusos. Creo que los demás están en el mismo caso, ¿no es así?

Era así. O, al menos, así pareció, por la actitud de todos.

—Vamos a llevar a David con Lord Kingstone —murmuró Amy.

Capítulo V

Los dos cadáveres yacían en un rincón del salón, uno junto a otro. El magnetófono estaba en marcha, y todos escuchaban con gran atención la repetición de la grabación, fumando. Por fin, dejó de oírse la supuesta voz de Lord Kingstone, y entonces se miraron unos a otros.

—Lo único cierto es que *Naif* no es Mosser —dijo Chong Ho, mohíno—… Por lo demás, yo no he identificado la voz, lo siento.

—Podría parecerse a la de cualquiera de nosotros, si hablásemos en susurros —dijo Claudel—… Pero, ciertamente, yo no me atrevería a señalar a nadie.

—Lo que sí podría hacerse, es descartar a alguno de nosotros — sugirió Klopoucha—. Por ejemplo, yo no creo que *Naif* pueda ser Chong Ho, ni Maher, ni Amy.

—¿Por qué no? —gruñó Rottenmayer.

—Bueno… Los tres son de raza no blanca, con características bien definidas, me parece a mí. Maher jamás conseguirá dejar de parecer árabe, y no hablemos de Chong Ho y de la señorita Flowers, cuya diferencia con nosotros es aún más acusada.

—¿Y por qué demonios *Naif* ha de ser blanco? —continuó rebatiendo Rottenmayer.

—Pues… según parece, nadie que haya estado en contacto con él ha mencionado de modo especial otra raza, así que queda supuesto que es blanco. Ya sé que cualquiera de los aquí presentes podemos hacer maravillas, en cuanto a disfraces, pero no hay que exagerar. Así que yo buscaría a *Naif* entre nosotros cinco: Claudel, Rottenmayer, Salvatore, Douglas y yo mismo.

—Podría decir que no estoy conforme —sonrió Amy Flowers—, pero lo cierto es que yo no soy *Naif*, de modo que aceptaría que lo fuese cualquiera de ustedes. De todos modos, no me parece justo el

procedimiento, Klopoucha.

—Sólo trataba de simplificar.

—No se puede simplificar con teorías —gruñó Rottenmayer—: yo me niego a descartar a ninguno de nosotros. Sea lo que sea lo que decidamos, será en bloque. Los ocho.

—Está bien —aceptó Klopoucha—. Por mí, no hay inconveniente, ya que, de todos modos, sería uno de los sospechosos. Bien… ¿qué vamos a hacer? Hemos intentado salir, y no es factible; hemos intentado identificar la voz, y nada hemos conseguido; todos juntos… ¿y qué ganamos con ello?

—Se me está ocurriendo algo —murmuró Claudel—… ¿Por qué no buscamos los contadores de la luz, cortamos el suministro de corriente al castillo… y abrimos tranquilamente la puerta?

—Estoy segura de que eso ha sido previsto por *Naif* —dijo Amy —, del mismo modo que previno que abriríamos la caja fuerte, y que intentaríamos marcharnos.

—Pues yo no creo que haya previsto que saltemos por una ventana al foso —insistió de nuevo Chong Ho—. Y eso es lo que yo voy a hacer, solo o acompañado…

En aquel instante, se apagó la luz. Un apagón súbito, que hizo respingar a todos. En la completa oscuridad, se oyó ruido de pies, respiraciones fuertes…

—¡AAAAGGGGGgggggggg:…! —sonó el espeluznante grito de dolor, de espanto.

Acto seguido, el golpe contra el suelo de algo grande y pesado, simultáneamente con el sonido de pies moviéndose velozmente, alejándose del punto donde habían estado agrupados. Posiblemente, la más ágil fue Amy Flowers, que, ignorando la oscuridad, no sólo corrió al principio, sino que enseguida saltó, alejándose más, en largó vuelo. Cayó rodando; se puso en pie, y saltó alejándose, aún más, hasta tropezar con un mueble, tras el cual se colocó rápidamente.

Hubo unos segundos de silencio… hasta que se oyó con escalofriante nitidez el jadeo, el gemido entrecortado… La Luz volvió, tan de súbito como se había ido, y, por un momento, pareció que no hubiese nadie allí. Amy Flowers sacó la cabeza por detrás del sillón, y sus ojos fueron hacia donde había sonado el gemido.

—Salvatore…

En el suelo, cara al techo, Ennio Salvatore volvió su desencajado rostro hacia Amy; la mano derecha del italiano se tendió hacia ella, en gesto de súplica.

—AAAaaaaAAAA…

Amy Flowers abandonó inmediatamente su posición, acercándose al espía italiano. Se arrodilló junto a él, y miró aquella cosa blanca que sobresalía de su pecho verticalmente. Parecía… Lo era. Era un trozo de algodón, rodeado de fino hilo que lo sujetaba de tal modo que formaba un cilindro, parecido en la forma a un cigarro habano… Klopoucha apareció enseguida, arrodillándose al otro lado de Ennio Salvatore, que tenía los desorbitados ojos fijos en Amy Flowers, y la mano alzada, ahora. Amy le sujetó la mano, y tragó saliva.

—Ennio… Ennio, lo siento… ¡Lo siento!

La boca de Salvatore se movía, pero sólo brotaban de ella sonidos que la espía americana no podía entender. Klopoucha, que estaba mirando aquella especie de cigarro habano blanco, lo asió de pronto, y tiro de él… Inmediatamente, Ennio Salvatore se crispó, pareció tragar todo el aire del mundo, y su cabeza cayó hacia el lado de Amy Flowers, fijos los ojos desorbitados en el Más Allá.

El ruso estuvo unos segundos mirando el punzón que sobresalía del mango de algodón, y luego, su sobresaltada mirada saltó hacia Amy.

—Lo… lo siento… —tartamudeó—… No he pensado que…

—No se preocupe —murmuró la negrita—: iba a morir muy pronto, de todos modos, y no creo que hubiese podido decirnos nada… aunque hubiese llegado a saber cuál de nosotros le había clavado el punzón.

La mano de Klopoucha se abrió, y el punzón con mango de algodón rebotó sobre el pecho de Salvatore y rodó por el suelo, dejando unas diminutas salpicaduras de sangre. El ruso se puso en pie, demudado. Los demás se acercaban ya, no menos demudados que él. El silencio fue de nuevo terrible. Por fin, Amy asió por los sobacos a Salvatore, y comenzó a arrastrarlo hacia el rincón donde yacían los otros dos cadáveres. Klopoucha se apresuró a ayudarla. El egipcio Abbas Maher tenía el rostro blanco, y aún más blanco se veía el del sonrosado y muy saludable Rottenmayer. Claudel se dejó caer en un sillón, y encendió con mano firme un cigarrillo.

—Quiere que perdamos la serenidad —murmuró—… Eso es lo que quiere. Amy tenía razón: le tiene sin cuidado, en el fondo, conseguir o no esos informes. Si los consigue, bien; si no los consigue, se habrá divertido.

—Les voy a decir algo más —habló Amy, acercándose de nuevo al grupo—: acabo de comprender el plan completo de *Naif*. Durante esta noche, todos debemos morir… No dispondrá de más tiempo porque, seguramente, mañana por la mañana vendrá aquí alguien del MI6. La reunión no tendría por qué prolongarse más: habríamos pasado la noche invitados en el castillo de Lord Kingstone, nos habríamos puesto de acuerdo, y asunto terminado. *Naif* sabe que nadie vendrá antes de mañana, quizá a las diez, o a las once. Es decir, que tiene más de doce horas para ir matándonos a todos… incluso a sí mismo.

—¿Está loca? —masculló Rottenmayer.

—No. ¿Sabe qué ocurrirá, Fritz? Cuando alguien venga por la mañana al castillo, no encontrará aquí a nadie. Absolutamente a nadie. O quizá, a Lord Kingstone. ¿Qué creen ustedes que pensarán?

—Que alguien se nos ha llevado de aquí —gruñó Maher.

—Exacto. A todos. Y ninguno de nosotros volverá a aparecer jamás. Ocho, porque estaremos muertos. El noveno… El noveno sería *Naif*, que debe tenerlo todo muy bien preparado. Incluso su fuga de Inglaterra. Irá a cualquier país, donde también lo tiene todo preparado: seguramente, se hará operar el rostro, y, por supuesto, dispone de pasaporte adecuado a su nueva personalidad. Con nueva personalidad, y todo el dinero que ha estado ganando, asesinando colegas y compañeros nuestros, iniciará una nueva vida… fastuosa, maravillosa, ideal. Nadie sospechará nunca de él, nadie le buscará siquiera. Como los demás, será dado por muerto…

—Mi servicio no se resignará fácilmente a esa desaparición —gruñó Claudel.

—Ni el mío —asintió Amy—. Pero… ¿qué podrán hacer? Lo más seguro es que cada uno de nuestros directorios reciba una nota de *Naif*, explicando que todo ha sido una trampa de él, que nos ha matado a todos, y que, tras este golpe de valor y genio, ha decidido retirarse. Nadie nos buscará, pues nos darán por muertos. Y *Naif* dejará de trabajar.

—Pero le buscarán a él.

—¿Con qué base? Por supuesto, *Naif* se alejará de todo lo que huela a espionaje, jamás se mezclará en asuntos de esos. Será una persona diferente de rostro, de costumbres, de amigos, de país… Hay seis mil millones de personas en el mundo, caballeros: ¿cuál de ellas será *Naif*?

Un silencio sombrío se abatió de nuevo sobre el mermado grupo de espías. Amy fue mirando de uno en uno, y continuó:

—Pero lo cierto es que, por el momento, nosotros estamos vivos, y que *Naif* está aquí, ya no podemos dudarlo. Es uno de nosotros… Cuando, entregamos las armas, y nos registraron, los amigos de *Naif* le dejaron el punzón encima. En determinado momento, y quizá captando una señal de *Naif*, por un procedimiento que de momento no puedo adivinar, debían apagar la luz… para que *Naif* matase a uno de nosotros.

—Esto es absurdo —musitó Douglas, pasándose una mano por la frente—… ¡Podía habernos envenenado a todos, durante la cena! ¿Por qué no lo hizo?

—Porque quizá alguno acepte escribir informes, por los que *Naif*, al mismo tiempo que anunciaba la muerte de todos nosotros, todavía podría conseguir más dinero. Aunque eso no le preocupa demasiado, es simple codicia, pues debe tener más que suficiente para vivir el resto de sus días como él quiere. Si saca algo, bien. Y si no, tan campante. Sólo que mientras tanto, se está… divirtiendo, y, al mismo tiempo, nos está diciendo bien claramente que se considera el mejor, sin duda alguna: el más frío, el más inteligente, el más peligroso… Sí, debe estar divirtiéndose mucho. Indudablemente, *Naif* es todo un personaje, caballeros. Podríamos decir que está un poco… loco, pero eso sería cometer un grave error. No está loco: simplemente, le gusta el riesgo, le gusta matar, le gusta el terror de los demás. Pero no está loco, no. Simplemente, es malvado. Una persona así no puede salir con vida de este castillo… ¡Nosotros no podemos permitir que una bestia como esa vuelva al mundo, con las personas!

—De acuerdo —deslizó Klopoucha—. Pero, díganos: ¿quién es *Naif*?

De nuevo el silencio, mientras las miradas iban furtivamente de un lado a otro, escrutando rostros, expresiones… Chong Ho se frotó

las manos, y murmuró:

—Yo me voy. ¿Alguien me acompaña?

—Usted se queda, Chong —dijo Amy—… Todos permaneceremos aquí, juntos.

—¡Ni lo sueñe! —exclamó el chino—. ¡Yo me voy! Pero si me quedase, no permanecería con el grupo. ¿Dicen que mañana va a venir alguien del MI6? Perfecto. Pues si yo me quedase, me encerraría en una habitación y esperaría a que llegasen los británicos, simplemente. Pero no pienso hacerlo, así que… ¡buena suerte!

—Nadie se irá —aseguró fríamente Amy.

—Se equivoca —mascculló Abbas Maher—: ¡yo me voy con él! ¡Ya verá cómo nos las arreglaremos para salir del foso… al otro lado, fuera de este panteón! Vamos, Chong. Podemos… ¿Qué hace? ¡Suélteme!

Amy retuvo la manga de Maher, mientras decía:

—Sujeten ustedes a Chong Ho. Nadie debe…

—¡Le digo que me suelte! —rugió Maher, dando un tirón a su brazo, y consiguiendo soltarse.

Pero la otra mano de Amy cayó sobre su solapa derecha, y la que Maher había desprendido de su brazo volvió a éste, aferrando con fuerza la ropa. Por un instante, pareció que Amy Flowers pretendiera cargarse en un hombro a Maher, pero enseguida, su cadera derecha pasó hacia el lado derecho de Maher, al girar Amy para colocarse de espaldas a él; la pierna derecha de la negrita fue hacia atrás, segando las piernas de Maher, mientras con ambas manos, tiraba del egipcio hacia delante…

El vuelo de Maher bajo la proyección del tremendo Yama Arashi de judo fue increíble, espectacular. Como bajo los efectos de una auténtica *Tempestad en la Montaña*, salió disparado hacia la pared, donde chocó violentamente de espaldas y cabeza abajo, para caer dolorosamente… Amy se irguió tras proyectar a Maher, y se volvió hacia donde sonaban las rápidas pisadas hacia la puerta del salón.

—¡Chong, vuelva aquí! ¡No le dejen escapar!

El primero en reaccionar, tras el pasmo al presenciar el movimiento de judo *Tempestad en la Montaña*, fue Klopoucha, pero ya Amy corría detrás del chino en vista de la pasividad y desconcierto de los demás. En la puerta del salón, casi tropezaron

Klopoucha y Amy, mirando ambos hacia la amplia escalinata que subía al primer piso del castillo… y por la cual, el menudo y agilísimo Chong Ho parecía volar más que correr.

—¡Maldito mico asqueroso…! —jadeó Klopoucha, en ruso, lanzándose en pos del chino.

Subieron la escalinata, a toda velocidad. Cuando llegaron arriba, oyeron el batir de una puerta, y, tras breve vacilación, Amy señaló la que le había parecido que se cerraba. Chong Ho había escogido una habitación cualquiera, no la suya, esperando así ganar tiempo, sin duda… pero cuando Klopoucha empujó aquella puerta, y él y Amy entraron en la habitación, el chino todavía estaba de pie en el alféizar de la estrecha ventana, a punto de saltar al foso.

—¡Chong, *Naif* también habrá pensado en eso! —gritó Amy—. ¡No salt…!

Chong Ho desapareció de la ventana, como absorbido por la oscuridad de la noche. Klopoucha y Amy corrieron hacia la ventana, esperando oír, abajo, el ruido del chino al caer al agua… Pero lo que oyeron les puso los pelos de punta a ambos:

¡¡AAAaaaAAAAAAaaaAAAA…!!

Cuando los dos espías se asomaron a la vez por la ventana, tras ellos se oían voces y pisadas. La luz del dormitorio se encendió, de modo que todavía quedó más sumido en sombras el foso.

—¿Ha saltado? —jadeó Rottenmayer.

—Sí —se volvió Klopoucha—, pero algo le ha pasado, porque ha gritado de un modo horrible.

—No se ve nada —se volvió también Amy Flowers—… Deberíamos buscar una linterna. Estoy segura, sin embargo, de que Chong Ho no ha vuelto a la superficie, porque se vería el brillo del agua al moverse… ¿Está bien, Maher?

Abbas Maher, que todavía parecía un poco aturdido, y que había sido el último en llegar, asintió con un gesto enfurruñado, preguntando:

—¿Qué ha pasado?

—Chong Ho ha saltado; pero casi no hemos oído el chapoteo, pese a lo cual, no se le ve en la superficie…

—Ha gritado de un modo espantoso —insistió Klopoucha—. Busquemos esa linterna.

—No creo que sea necesario —señaló Douglas hacia la ventana.

Klopoucha y Amy, que se habían vuelto hacia sus compañeros de invitación, giraron rápidamente, y vieron, como todos los demás, el haz de luz de una potente linterna, que buscaba en las aguas del foso. Detrás del nacimiento de la luz, distinguieron la silueta de un hombre.

—¿Pueden distinguirlo, identificarlo? —murmuró Amy.

Nadie contestó. No era posible identificar al hombre que estaba buscando algo en el foso… Amy se asomó a la ventana, y vio el círculo de luz, haciendo brillar las aguas. De pronto, la luz se detuvo, iluminando algo que, durante un solo segundo, la negrita no identificó. Enseguida, ahogó una exclamación y se llevó las manos a la boca, retirándose rápidamente de la ventana.

—¿Qué pasa? —exclamó Klopoucha.

Entonces, él también vio lo que estaba iluminando el círculo de luz: Chong Ho estaba a flor de agua, como flotando… Pero no flotaba: estaba ensartado brutalmente en una lanza de hierro, que le había penetrado por el bajo vientre y sobresalía por la espalda, cerca de la nuca.

El ruso se apartó, dejando mirar a sus colegas, que, uno a uno, fueron retirándose de la ventana, todos lívidos. Cuando el último de ellos hubo mirado, la luz de la linterna dejó de iluminar el foso para dirigirse hacia la ventana, y comenzó a apagarse y encenderse, apagarse y encenderse…

—Es morse —susurró Amy Flowers—… Dice: el chino ha tenido mala suerte, hay pocas lanzas en el foso, pueden seguir probando.

El mensaje se repitió. Luego, la linterna se apagó, y vieron un poco mejor la silueta del hombre, alejándose.

—Debe ser uno de los cuatro amables anfitriones que nos han estado sirviendo, desde que llegamos —murmuró Claudel—… *Naif* sigue estando entre nosotros.

—Por eso nos hicieron venir de noche —dijo Rottenmayer—: para que no pudiéramos ver las lanzas sobresaliendo del agua. ¡Y cualquiera sabe cuántas trampas más hay en este lugar! No podemos dudar de que cualquier intento de fuga ha sido previsto por *Naif*.

—Ustedes pueden hacer lo que quieran —dijo Maher—, pero yo voy a encerrarme en mi habitación hasta mañana. Seguramente, será la primera vez que me alegraré de ver llegar a los británicos.

Buenas noches a todos.

Amy Flowers fue a protestar, pero el silencio de los otros fue revelador para ella: todos estaban de acuerdo con Abbas Maher. El juego de la muerte estaba durando ya demasiado.

—Si nos separamos, seremos aún más vulnerables —advirtió—. Estamos desarmados, y uno por uno, los amigos de *Naif* podrán ir cazándonos. En cambio, si permanecemos juntos no dispararán, porque podrían herir o matar al propio *Naif*.

La sensatez de estas palabras era indiscutible, y Seymour Douglas y Klopoucha alzaron la mano apoyando a la negrita. Pero los demás movieron negativamente la cabeza, y Claudel dijo:

—Está demostrado que permaneciendo juntos somos, en efecto, un rebaño a disposición de *Naif*. Por mi parte, prefiero vérmelas en solitario con quien sea: de este modo, al menos, sabré que todo el que se acerque a mí, será enemigo… y algo podré hacer, supongo.

—¿Qué podría usted hacer contra media docena de balas? —preguntó Amy, de nuevo con indiscutible sensatez.

—No lo sé. Pero tampoco podría hacer nada si se apaga de nuevo la luz, y uno de ustedes me clava un punzón en el corazón. Hasta mañana.

Abbas Maher salió de la habitación en pos de Claudel, y acto seguido lo hizo Rottenmayer. Klopoucha sonrió secamente, y miró a Douglas y Amy.

—Esta es mi habitación —recordó—: quizá ustedes prefieran quedarse conmigo.

El británico estuvo unos segundos mirando al ruso. Por fin, haciendo un gesto ambiguo, se dirigió hacia la puerta y abandonó también el dormitorio. Cirilo Klopoucha se quedó mirando a Amy, que encogió los hombros con un gesto simpático de resignación.

—Hasta mañana, Klopoucha —se despidió.

—Podríamos hacer todos un inteligente intento último para salir de aquí —refunfuñó el ruso.

—En mi opinión, eso es lo que más está divirtiendo a nuestros simpático *Naif*. Aunque también debe estar divirtiéndose ahora, viendo que nos separamos. Pero, para nosotros, no va a ser una noche divertida.

—Me da la impresión de que usted no tiene miedo.

—Pues se equivoca. Yo preferiría que todos estuviéramos juntos.

Sólo que, si los demás prefieren esto, por mí está bien.

—Podríamos unir nuestras fuerzas —sonrió el ruso—… Usted y yo.

—Es usted bastante confiado, ¿no le parece? Yo podría ser *Naif*.

—También podría serlo yo.

—Sí… También.

—Lo cual no parece asustarla mucho.

—En absoluto. Douglas sabe que me he quedado con usted, así que, si intentase matarme ahora, les diría a todos que usted es *Naif*.

—Pero usted ya habría muerto, ¿no?

—¿Tiene usted armas?

—No.

—Entonces… ¿cómo me mataría?

—Podría estrangularla, simplemente.

Amy Flowers sonrió encantadoramente.

—Puede hacer la prueba, si gusta, Klopoucha.

El ruso estuvo unos segundos mirando a la negrita. Miró su fino cuello, de apariencia delicada, esbelto, elegante; sus finos hombros, sus manos bellas y de aspecto suave… Y sobre todo, miró aquellos negros ojos, que le contemplaban con un cierto reflejo de socarronería. Sonrió de nuevo, y se dirigió hacia la puerta, colocándose a un lado.

—Buenas noches, Amy —despidió.

La negrita salió, y se quedó en el pasillo, oyendo el girar de la cerradura de la puerta del ruso. Cuando entró en su cuarto, cerró también con llave la puerta, pero moviendo la cabeza con un gesto de fatalismo.

—Sé que, si quieren entrar, podrán hacerlo —musitó—… Todos deben haber cerrado la puerta con llave, naturalmente. Y como también es natural, *Naif* lo ha previsto, así que vamos a tomar decisiones… sorprendentes.

La decisión que tomó Amy fue abrir la puerta, haciendo girar silenciosamente la cerradura. Luego, tomó su bolsa de viaje de gruesa tela, y se metió en el cuarto de baño. Se quedó mirándose, muy pensativa, en el espejo. Por fin, decidió que lo mejor era asegurarse. Del estuche de oro que contenía la barrita de carmín, retiró ésta, y con una uña apalancó algo que apenas sobresalía, haciéndolo salir: era una pequeña aguja para inyecciones. La encajó

en la boca de una botellita que parecía contener perfume, se clavó la aguja en el antebrazo, y apretó la base de la botellita, que, sorprendentemente, cedió, haciendo presión, de modo que el *perfume* penetró en el brazo de la espía americana. Aquella dosis sería más que suficiente para el tiempo que le quedaba por permanecer allí… si es que sobrevivía.

Lo colocó todo como había estado antes, y procedió a quitarse las lentillas de contacto de color negro, dejando al descubierto las hermosísimas pupilas azules. Era siempre lo que acababa por molestarle más, así que se iba a tomar un descanso de media hora, o más, si podía. Las dejó sobre el lavabo cuidadosamente, se lavó los ojos, se limpió los dientes… El simple frotar del cepillo dental parecía un estruendo, en aquel silencio.

Cuando se hubo aseado, abrió de nuevo la bolsa de viaje, y estuvo mirando, con el ceño fruncido, su interior. No le habían dejado nada realmente útil, esa era la verdad. Movió la cabeza, cerró la bolsa… y quedó pensativa. De nuevo frunció el ceño si la atacaban… ¿cuál sería el sistema que utilizarían? ¿Una pistola? Demasiado vulgar para *Naif*, así que… no, no sería con una pistola. En realidad, podían matarlos a todos tranquilamente, ya que no sólo estaba *Naif* allí, sino sus cuatro amigos. ¿Dónde debían estar? Habían visto a uno fuera del castillo, pero eso no significaba nada; evidentemente, podían entrar y salir a su antojo, sin necesidad de utilizar el puente levadizo.

¿Por qué *Naif* había matado personalmente a Ennio Salvatore? ¿Por qué no a Klopoucha, Rottenmayer… o a ella misma? Podía haber matado a cualquiera. Entonces, ¿por qué a Salvatore? Respecto a Mosser y Chong Ho, *Naif* no había podido elegir, ya que habían muerto víctimas de su propia imprudencia. Pero sí había elegido a Salvatore. ¿Por qué? Pues, porque era el menos interesante, comparativamente: el servicio secreto italiano, al menos en apariencia, nunca podía ser tan interesante como el ruso, el chino, el americano, el francés, el británico… O sea, que *Naif* quería ir conservando siempre a los más convenientes, desde un punto de vista informativo. Lo que significaba que, en modo alguno, desistía de conseguir información de algunos de ellos. Así que quizá intentase capturar vivo a alguno… Sí, tenía que intentarlo. Y entonces… ¿cómo lo haría?

Amy Flowers asintió con un gesto decidido, y del bolso de viaje sacó un paquetito, que parecía contener compresas de gasa para pequeñas heridas. Despegó dos, y las deslizó en el escote. Luego, procedió a probar si del peine con empuñadura de oro aparecía el agudísimo estilete tan hábilmente preparado por McGee, el jefe de los Armamentos Especiales de la CIA Sí, el estilete, de unos diez centímetros, salía adecuadamente. Y también el otro, más largo y ancho, del interior del cepillo para el cabello.

Tras breve duda, Amy se quedó con el peine, que deslizó también en su escote.

Poco después, sin desvestirse, se tendía en la cama, y apagaba la luz… quedando a merced de las estrellas que, en algún que otro hueco del encapotado cielo, se asomaban para contemplar el planeta Tierra… el más absurdo de los planetas del universo.

Capítulo VI

Abrió los ojos, de pronto.

No había estado dormida, sólo relajada mental y físicamente. Relajada de tal modo que, precisamente, todos sus sentidos estaban mucho más sensibilizados que en situación normal. Así, uniendo esto a su finísimo oído, Amy Flowers captó en el acto el suave rumor en la puerta de su habitación. Y acto seguido, el sonido de hierro contra hierro.

Luego, un breve silencio, y después, el retirar de una llave de la cerradura: alguien había querido abrir, y se había encontrado con la sorpresa de que la puerta no estaba cerrada con llave. Comprendió que la puerta se estaba abriendo cuando el sonido ambiente del dormitorio cambió, ampliándose. Sabía que debían ser aproximadamente las dos de la madrugada. El cielo se había encapotado totalmente, de modo que ya no tenía el resplandor de algunas estrellas… Sólo una incierta luz, que podría provenir de las mismas nubes densas, blanquecinas, filtrando la luz de la luna…

Habían abierto la puerta completamente.

Amy Flowers deslizó su mano izquierda entre los senos, asió con dos dedos las compresas de gasas, y se las colocó ante la boca y la nariz. Con la derecha, empuñó el peine de oro, pero todavía sin hacer salir el estilete.

Oyó un suave roce en el suelo. Luego, de pronto, comenzó a oír un sonido que no le sorprendió en absoluto…

El gas.

Como había pensado, estaban utilizando gas. El siseo, al salir de su recipiente, no podía confundir de ninguna manera a la espía americana, que, además de mantener sobre la boca y la nariz las compresas de gasa, contuvo la respiración. Recordó, de pronto, que no tenía puestas las lentillas de contacto, así que si llegaban a verle los ojos, sus azules ojos…

Dejó de oír el siseo del gas saliendo a presión de su receptáculo. Luego, los pasos sonaron con menos precauciones, pero siempre sigilosos. Comprendió que esto no era ya por ella, sino para evitar, en todo momento, alertar a otras personas; personas que sólo podían ser sus colegas y compañeros de cautiverio.

Al extraño y levísimo resplandor que había en la ventana, distinguió las dos sombras que se acercaron a la cama, y las extrañas formas de las cabezas… Llevaban máscara antigás.

Una mano se posó sobre las ropas de la cama, encima de su rodilla derecha. Luego, la mano ascendió, asió las ropas, y las bajó, dejándola destapada. Otra mano se posó sobre su pecho, ascendió tocando el brazo izquierdo, y Amy *sintió* el desconcierto del hombre, al tocar luego su mano sobre la boca y la nariz, y, posiblemente, rozar las gasas…

La mano derecha de Amy Flowers se movió, velozmente. Se oyó el suavísimo chasquido del estilete al brotar del extremo del peine de oro, y luego, el sordo impacto del estilete al penetrar en la carne. Encima suyo, Amy oyó el ronco gemido ahogado por la máscara antigás, y un respingo también ahogado un poco más allá. Un cuerpo cayó sobre ella, aplastándola con fuerza, pero lo apartó rápidamente, deslizándose como una auténtica víbora por debajo, y quedó arrodillada en la cama, de un salto.

Su mano derecha se adelantó de nuevo, velozmente, hacia la apenas disminuida oscuridad, y al mismo tiempo que notaba el golpe en otro cuerpo, veía el brillo de algo. Acto seguido, el choque de un cuerpo al caer al suelo. Saltó de la cama hacia aquel lado, vio la forma confusa en el suelo, y de nuevo el brillo de una pistola moviéndose lentamente, inciertamente. El pie izquierdo de Amy cayó sobre la pistola, reteniéndola contra el suelo, y enseguida se dejó caer sobre aquel cuerpo, alzando el peine.

¡Fsss!, se oyó el silbido de su mano en el aire, tan veloz fue el gesto al bajarla.

De nuevo aquel escalofriante choque de acero penetrando con carne. Debajo de ella, el nombre se crispó, se tensó con fuerza. A la espalda de Amy sonaron los dos pies del hombre al golpear en el suelo tres o cuatro veces, en las agónicas sacudidas.

Luego, quedó inmóvil.

Siempre sosteniendo las gasas contra su boca y nariz, la negrita

fue a abrir la ventana, y permaneció allí hasta que se cercioró de que el gas se había dispersado. Luego, la mano de Amy tanteó, encontró la mano del hombre, y retiró de los dedos la pistola. Se puso en pie, regresó a la cama, dio la vuelta al otro hombre, y palpó su cuerpo, deslizó la mano por el torso, llegó a la axila izquierda, y tocó el frío de la culata de la pistola, que también retiró.

En la casi completa oscuridad, la espía americana se deslizó hacia donde había dejado su bolsa de viaje, sin hacer el más insignificante ruido. No había el menor desorden en aquella bolsa, de modo que los finos deditos encontraron enseguida el bolígrafo. De su extremo brotó una delgada raya de luz, que fue hacia el hombre de la cama. La máscara antigás fue retirada, y quedó al descubierto el rostro del hombre llamado Michael. Segundos más tarde, aquel delgado haz de luz iluminaba el rostro del sujeto caído en el suelo: Luke.

Los dos hermosos rubios habían muerto.

Amy Flowers estuvo unos segundos inmóvil, pensando. Luego, arrastró a Luke hacia el otro lado de la cama, bajó de ésta a Michael, colocando su cadáver junto al de Luke, y, tras nueva y breve reflexión, empujó los dos cuerpos hasta colocarlos bajo la grande y confortable cama. Metió también allí las caretas antigás, alisó sus gasas, que volvió a colocar en el escote, limpió y guardó el estilete también en el escote, y, empuñando una de las pistolas, fue al cuarto de baño.

Allí, procedió a colocarse de nuevo las lentillas de color negro, a la luz de la diminuta linterna bolígrafo. El silencio era de nuevo simplemente estremecedor. Era como estar en un mundo vacío…

¿Qué podía hacer ahora?

Tenía dos pistolas, era cierto, pero en ocasiones, las armas no sirven de nada. Podía salir del dormitorio, y dedicarse a recorrer el castillo… Con lo cual no conseguiría nada. Era obvio que si Michael y Luke estaban dentro, también debían estarlo Henry y Stanley. Pero en algún sitio en el que se consideraban seguros, en el que en ningún momento habían temido ser descubiertos por los espías, si éstos hubiesen decidido efectuar una batida. No podían cifrar su seguridad en la cautela de los espías, en su decisión de no complicarse la vida, recorriendo un lugar que desconocían… No. Debían tener, además, un sitio seguro en el castillo.

Nada extraordinario. Un castillo que tenía muchos años, y que, aunque hubiese sido restaurado y acondicionado con todas las comodidades actuales, debía conservar pasadizos secretos, o sótanos, o cámaras a las que no era fácil llegar, si no se conocía su ubicación y el modo de entrar en ellas… ¿Era inteligente por su parte ponerse a buscar esos lugares secretos?

La respuesta que se dio Amy a sí misma, fue negativa. Si salía de allí, se encontraría en terreno desconocido. Es decir, conocía parte del castillo, pero sólo lo que estaba a la vista. Y los peligros no llegarían por ahí, desde luego. Podían llegar de cualquier lado, en cualquier momento.

¿Qué ocurriría cuando Henry y Stanley se impacientasen por la tardanza de Michael y Luke? ¿Vendrían a ver qué había sucedido, por qué no la llevaban a ella al lugar donde la estaban esperando?

Porque esto era evidente: no habían entrado allí para matarla, sino para dormirla con gas y llevarla a otra parte. A la parte secreta. En cuanto a los motivos, no podían ser más lógicos y claros: para interrogarla, para obligarle a dar toda la información que *Naif* había escrito en el papel que habían encontrado en la caja fuerte del despacho.

Sí.

Alguien tendría que venir a buscar a Luke y Michael.

La decisión de Amy Flowers fue volver a la cama. Se tapó de nuevo, pero siempre vestida, y se dispuso a esperar, sosteniendo la pistola en la mano derecha, y las gasas que formaban la mascarilla antigás en la izquierda.

Alguien tenía que venir. Y esta vez, sabiendo ya que no se proponían matarla de inmediato, no mataría a quién llegase, sino que lo cazaría vivo, y le obligaría a decirle quién era *Naif*, y cuál era el escondrijo secreto dentro del castillo, y la salida que les permitía salvar el foso, sin utilizar el puente levadizo…

Los minutos comenzaron a pasar, lentos, como dificultosos, frenados, ahogados por aquel silencio terrible. Un minuto, dos, tres… Cinco, seis…

Amy tenía los ojos abiertos, de modo que cada vez veía mejor en la atenuada oscuridad. Era luz para ojos de gato, pero ella tenía suficiente. La Madre Naturaleza había sido bondadosa con ella, le había proporcionado una gran sensibilidad, en sus cinco sentidos…

La puerta del dormitorio se movió. Transcurrieron unos cuantos segundos, y volvió a moverse. Un hombre, una sombra, una forma humana simplemente, entró en el dormitorio, ajustó de nuevo la puerta, y quedó inmóvil.

—Señorita Flowers —susurró la voz.

Amy apretó los labios y tragó saliva. No estaba segura de haber reconocido aquella voz. Parecía la de Cirilo Klopoucha… Oyó las suaves pisadas, y, a medida que el hombre se acercaba, Amy iba entornando los párpados, para ocultar el brillo de sus ojos. A través de las estrechas rendijas de aquéllos, vio mejor la silueta, la forma de la cabeza: Cirilo Klopoucha, el ruso.

Éste llegó junto a la cama, se inclinó, y una de sus manos se acercó al rostro de Amy Flowers. Una mano en la que había un extraño punto blanco, que destacaba de modo especial en la semioscuridad.

Amy sacó la mano armada, y colocó la punta de la pistola en la garganta del soviético, bajo la barbilla.

—Es una pistola, Klopoucha —susurró.

El ruso se sobresaltó, pero demostró tener un gran temple nervioso. Apenas se movió a impulsos del sobresalto.

—No dispare —pidió con voz tensa—: cometería un error.

—Coloque sus manos sobre la cabeza, y camine hacia la ventana, de espaldas a mí.

Cirilo Klopoucha obedeció. Quedó recortándose ahora mucho mejor en el grisáceo resplandor de la ventana. Amy se había sentado en la cama, y tenía ya en su mano izquierda aquella pequeña cosa blanca que había sostenido el ruso. Era algo húmedo y tierno… Era algodón humedecido con algo. Amy lo acercó a su nariz, y percibió el impacto en verdad agradable de masaje facial para después del afeitado. Por un instante, se desconcertó, pero, enseguida, comprendió, y sus blancos dientes relucieron en la sonrisa.

—De modo que se resiste a creer que soy negra, Klopoucha.

—Sí —llegó la voz del ruso—… Pero no he venido sólo a comprobar eso.

—¿A qué más ha venido?

—Fritz Rottenmayer no está en su habitación. Tampoco están Claudel, ni Douglas, ni Maher.

—¿Ha estado en los dormitorios de los cuatro?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué ha ido a hacer allí?

—Bueno, al primero que quise ver fue a Rottenmayer… Nos conocemos de antes, y pensé que quizá sería interesante unirnos, ya que no tengo la menor duda de que Rottenmayer no puede ser *Naif*.

—Pero usted sí puede serlo.

—No diga tonterías —masculló el ruso.

—¿Por qué ha escogido mi habitación para último lugar de visita, Klopoucha?

—Porque si usted era quien yo pensaba, tendría la seguridad de que, al menos, contaría con un aliado seguro para cuando viniese aquí, quería saber ya cómo estaban las cosas, respecto a los demás.

—Ya. Pero no le comprendo… ¿Quién piensa usted que soy yo? Soy Amy.

—Es Baby —cortó Klopoucha.

—Ahora es usted quien dice tonterías, amigo mío. Debe saber muy bien que Baby es de raza blanca, y yo soy negra. ¿O no?

—Yo no estoy convencido de eso.

—Y por eso ha venido aquí con un algodón empapado en líquido que contiene alcohol, para frotar mi piel y ver si desaparecía un supuesto tinte negro.

—Sí.

—De acuerdo. Voy a demost… ¡Sssst!

—¿Qué…?

—¡Silencio! —exigió Amy.

El ruso calló. Y entonces, Amy Flowers captó con más nitidez aquel leve zumbido que le había parecido escuchar segundos antes. Un leve zumbido que se repetía rítmicamente: zum-zum-zum-zum… Saltó de pronto de la cama, hacia el lado donde había escondido los cadáveres de Luke y Michael, y, en efecto, oyó el zumbido más fuerte. Localizó enseguida su ubicación en uno de los cadáveres, y acto seguido en un bolsillo de la ropa de éste. Cuando metió allí dos deditos, notó el pequeño objeto metálico, frío, y captó su levísima vibración.

Retiró la pequeña radio en forma de pluma del bolsillo, y se irguió, dejando la pistola sobre la cama. Klopoucha continuaba en el mismo lugar, inmóvil, lo que evidenciaba su terquedad en creer

que Amy Flowers era Baby, y, por tanto, una colega en quien se podía confiar plenamente. ¿O simplemente Klopoucha era *Naif*, y no quería correr riesgo alguno…?

Mientras estos pensamientos cruzaban por la mente de Amy Flowers, ésta consiguió localizar el botoncito de admisión de contacto, y, en el acto, sonó la voz masculina, metálica, de la falsa pluma:

—¿Qué demonios pasa? ¿Por qué tardáis tanto?

—Es que estamos muertos, Stanley —dijo fríamente Amy.

—¿Qué? —se oyó el respingo.

—Que Michael y yo estamos muertos. Pero no te preocupes: pronto os reuniréis con nosotros. Saludos a *Naif*.

Todavía se pudo oír la exclamación, antes de que el contacto fuese interrumpido. Amy fue hacia la puerta, dio la luz, y miró a Klopoucha, que había bajado una mano para protegerse los ojos.

—Pero ¿qué…? —comenzó a preguntar el ruso.

—Ya no importa que vean luz, porque no puedo ocultarles que las cosas les han salido mal. Venga, Klopoucha.

Cirilo se acercó al otro lado de la cama, tal como estaba haciendo Amy, que señaló hacia el suelo. El ruso se inclinó, vio los dos hombres allí tendidos, y se irguió rápidamente.

—¿Los ha matado usted?

—Sí. Con mi peine… Y ahora tenemos una pequeña radio, cuyo alcance no podría servirnos de nada, aunque consiguiésemos cambiar su longitud de onda, dos pistolas, dos caretas antigás… y dos cadáveres, que no creo puedan sernos de utilidad, en ningún sentido… ¿Qué opina de la situación, Klopoucha?

—No lo sé. Estamos solos, y eso puede ser bueno, en parte, pero también malo… aunque tengamos dos pistolas. Mejor dicho, las pistolas las tiene usted.

Amy sonrió, y tiró una de las pistolas a las manos del ruso, que la asió velozmente, y se quedó mirándola con incredulidad. Luego, farfulló:

—Usted no está en su sano juicio… ¡Yo podría ser *Naif*!

—Sé que no lo es —sonrió la negrita—… Acabo de saber quién es *Naif*.

—¡¿Lo acaba de saber?! ¿Cómo, de qué modo…?

—En realidad, es muy simple. Si no hubiésemos estado todos tan

ofuscados, lo habríamos comprendido antes. Y por supuesto, también llegarían a comprenderlo… o a sospecharlo nuestros respectivos directorios, dentro de unos días. Aunque, claro, desecharían esa sospecha, ese… pensamiento fugaz, por el simple hecho de que todos estaríamos muertos. Ya no podrían sospechar de un muerto. En cuanto a nosotros, a los invitados, *Naif* sabe que cuando fuésemos a pensarlo, ya sería demasiado tarde. Eso, en el supuesto de que nuestra preocupación nos permitiese pensar con lógica. A él no le importa que, en determinado momento, sepamos quién es, porque está convencido de que nadie, salvo él, saldrá con vida de este lugar, y que todos los cadáveres desaparecerán.

—No entiendo bien todo esto —murmuró Klopoucha.

—Lo que quiero decir es que *Naif* no piensa sacar los cadáveres del castillo, sino que nos hará desaparecer a todos, aquí dentro. Sacarnos sería demasiado arriesgado.

—¿Quiere decir que piensa enterrarnos aquí dentro?

—O algo parecido.

—Supongo que en esto tiene razón. Bien… ¿quién es *Naif*?

—Vamos, Klopoucha: piense —sonrió de nuevo Amy.

—Me parece que no soy tan listo como creen en Moscú… O al menos, no soy tan listo como la agente Baby.

—Se está poniendo pesado con eso. ¿Quiere comprobar de una vez que soy negra? Si yo fuese Baby, ya habría terminado con esta situación… ¡Vamos, haga la prueba que tenía pensada!

Cirilo Klopoucha recogió el pedacito de algodón empapado con masaje facial, y lo pasó con fuerza sobre el antebrazo izquierdo de Amy, que ésta le tendió. Por más que frotó y frotó el ruso, la fina piel de la negrita permaneció inalterable. El gesto de decepción del soviético casi hizo reír a Amy Flowers.

—Si quiere, puede hacer la prueba sobre mis senos, o sobre el vientre… En fin, en la parte más íntima que se le ocurra, y adónde quizá no habría podido llegar este tinte prodigioso. ¿Quiere ver mis pechos, Cirilo?

—En una situación diferente, me encantaría —refunfuñó Klopoucha… Pero en estas circunstancias, realmente, no es ya necesario.

—De acuerdo. Si ya ha terminado su juego sobre mi personalidad, vamos a pasar a la acción. ¿Usted no ha oído nada

que pueda servirnos para tener una idea de la desaparición de Rottenmayer y los otros?

—No… No. Bueno, si utilizaron gas…

—Yo he estado despierta todo el tiempo, y no he oído nada. Voy a decirle que eso me sorprende muchísimo, porque tengo un oído muy, muy fino. Le diré cómo han ido las cosas aquí, y a ver si luego entre los dos conseguimos pensar algo coherente. Veamos, yo estaba…

Amy Flowers explicó a Cirilo Klopoucha cómo habían ido las cosas allí, y terminó:

—… Lo que me pregunto ahora, es cómo han podido estos dos hombres ir y venir, cargados cada vez con un hombre dormido por el gas, sin que yo les haya oído subir, bajar las escaleras, pasar ante la puerta de mí dormitorio… Eso es prácticamente imposible. ¿Qué se le ocurre?

—Por el momento, nada.

—A mí, sí. Antes estuvimos todos en su habitación, y yo recuerdo que es igual que ésta mía. ¿La de Rottenmayer es igual? Usted que ha entrado, debe recordarlo.

—Sí… Es igual. Idéntica.

—¿Y las de Maher, Douglas y Claudel?

—Sí, también son…

Cirilo Klopoucha se calló de pronto, ladeó la cabeza, entornó los párpados, y permaneció así unos, segundos. De pronto, masculló algo en ruso, excitado, y señaló hacia la puerta.

—¡Vamos a…!

—Tranquilícese. Y por favor, no diga esas cosas tan feas. En ruso, quiero decir.

—Creí que no hablaba usted ruso.

—Los espías mentimos siempre, ¿no lo sabía? Bien, vamos a esa habitación que a usted no le parece igual, ahora que ha reflexionado.

Capítulo VII

Aparentemente, todas las habitaciones eran idénticas, pero Cirilo Klopoucha había tenido razón: la del Claudel era un metro menos ancha, desde la puerta hacia la pared de la derecha. Y ahí, en esa pared, estuvieron tanteando y golpeando la espía americana y el espía ruso, esperando oír el ruido hueco revelador.

—Tiene, que ser así —murmuraba Klopoucha—… Por eso no oyó usted nada: debe haber un pasadizo que llega hasta esta habitación, así qué primero cazaron a Claudel, y por aquí fueron volviendo una y otra vez para ir a las habitaciones de los demás, y luego se los fueron llevando, dormidos.

—Por eso *Naif* mató a Salvatore —asintió Amy—: para que desistiésemos de continuar juntos toda la noche, y así poder ir cazándonos uno a uno, cómodamente.

—Pero eso también pudo hacerlo ordenando a sus amigos que nos gaseasen a todos, él incluido. Cuando hubiésemos despertado, ya no podríamos hacer absolutamente nada.

—Eso no sería divertido… ¿No comprende que *Naif* se está divirtiendo? Está jugando con los mejores espías del mundo, como el gato jugaría con el ratón… No vamos a encontrar nada aquí. Vamos a la habitación del lado.

La habitación del lado estaba en las mismas condiciones, pero la parte un metro más corta era hacia la izquierda, de modo que entre ambas habitaciones quedaba un espacio de dos metros, de lo cual ya no dudaban lo más mínimo los dos espías.

—Usted está esperando la pregunta —murmuró Klopoucha, mientras deslizaba las manos por aquella pared—, así que voy a hacérsela: ¿quién es *Naif*?

—Por el modo en que me hace la pregunta, me parece que ya lo ha comprendido usted solo. ¿Quién es *Naif*, Cirilo?

—Seymour Douglas. No puede ser otro.
—¿Por qué?
—Es el único, entre todos nosotros, que podía tener la seguridad de que sería elegido para venir a este lugar. *Naif* tenía que estar aquí, pero eso no podíamos conseguirlo nosotros, ya que no teníamos contacto alguno con Lord Kingstone. El único que tenía contacto con Lord Kingstone, el que estaba cerca de él, sin levantar sospechas, es Douglas. Él ha podido estar presionando a Lord Kingstone para montar todo esto. Solamente él.
—Cualquiera de nosotros, si fuese *Naif*, tendría esa información contra Lord Kingstone, y podría obligarle. ¿Por qué ha de ser forzosamente Seymour Douglas?
—Ya se lo digo: nosotros no podíamos presionar a nuestros directorios para que nos enviasen, pero Douglas sí pudo presionar a Lord Kingstone: ¿Con qué fuerza podría yo presionar a la MVD para que me enviase aquí? Es absurdo, ¿no le parece? Claro, podría haber sido Lord Kingstone quien hubiese pedido a cada uno de nuestros servicios que le enviasen determinado hombre, pero eso no habría podido justificarlo él: ¿por qué tal o cual agente? Simplemente, la CIA, o el SID, cualquiera de ellos, iba a enviar al más adecuado. Lord Kingstone no era quien para darles indicaciones en ese sentido a la MVD, por ejemplo. Pero sí al MI6… Y fue él quien eligió a Seymour Douglas… bajo la presión de éste, como ya he dicho. Por lo tanto, el único que sabía seguro que iba a venir aquí era Seymour Douglas. Y solamente el único en estar seguro de que vendría, iba a montar esta trampa. Luego, está la posibilidad material de montarla… Yo no hubiese podido hacerlo, desde luego, pues llegué directamente de Moscú esta tarde, y antes estuve en todo momento con mis jefes… Todos igual, por supuesto. Menos Douglas, que podía hablar con Lord Kingstone, ir y venir a su antojo… ¡En fin, que es Douglas! ¿O no?
—Todo lo que usted ha dicho es tan consecuente que nadie podría discutírselo, Cirilo.
—Pero… ¿usted no está de acuerdo?
—Sí.
—Pues no lo parece.
Amy Flowers esbozó una sonrisilla, y, de pronto, quedó inmóvil… mientras un rectángulo de la pared de ladrillos de hundía

ante ella, silenciosamente, dejando visible un negro hueco. Los dos espías cambiaron una mirada, y enseguida Klopoucha se dispuso a penetrar en aquel oscuro lugar, pero Amy le retuvo suavemente.

—Espere —susurró—… Vamos a utilizar primero nuestro especial *sonar*.

—¿Sonar? ¡No tenemos ningún *sonar* aquí!

—Sssst.

El *sonar* consistía, sencillamente, en el fino oído de la espía americana, que asomó la cabeza por el hueco y estuvo escuchando casi un minuto, bajo la impaciencia de Klopoucha, que por fin la tocó en un hombro.

—Bajemos —susurró—. Estamos perdiendo el ti…

—Espere todavía. No se mueva de aquí. Amy abandonó aquella habitación. Regresó segundos más tarde, con su pequeña linterna-bolígrafo. El delgado rayo de luz disipó las sombras del lugar. A la izquierda, hacia la parte de la puerta de la habitación, descendían unos escalones de piedra, y la luz pareció ir rebotando en ellos, hacia abajo… para volver rápidamente hacia arriba en un momento dado, y hacer brillar el fino alambre que iba de una a otra pared, a la altura de los tobillos de una persona. Amy oyó el breve corte en la respiración de Klopoucha, y comprendió que el ruso había visto el alambre.

—Y puede haber más trampas —susurró Klopoucha.

—Espere aquí —susurró también Amy—… Y no se descuide.

—No puedo permitir que usted baje sola a…

—No pienso bajar… todavía. Y no se le ocurra hacerlo usted, Cirilo. Simplemente, espere aquí.

—Está bien.

Amy volvió a salir de la habitación, y Klopoucha quedó solo, atento a cualquier sonido que pudiese llegar por el hueco descendente hacia la oscuridad; una oscuridad tan densa como el silencio que parecía envolver todo el confortable castillo de Lord Kingstone.

Debían haber transcurrido unos seis minutos cuando Klopoucha vio un destello de luz escaleras abajo. La luz fue ascendiendo, y el soviético apuntó la pistola hacia allí… Estaba ya a punto de apretar el gatillo cuando le llegó la voz susurrante:

—Cirilo, soy yo, Amy… Baje con cuidado.

Sorprendido, el soviético emprendió el descenso del tramo de peldaños, reuniéndose con Amy unos metros más bajo. Ella dirigió el rayito de luz hacia abajo, y los dos continuaron el descenso. Enseguida, Klopoucha vio más luz, y en pocos segundos se encontró en una recámara de piedra, cuya puerta, idéntica a la de arriba, daba al pequeño despacho donde habían entregado sus radios. Todavía se veía la caja fuerte abierta horas antes por Amy Flowers. Pero, además, las escaleras continuaban hacia abajo.

—¿Seguimos la aventura o nos vamos de aquí? —preguntó siempre en susurro Amy.

—¿Marcharnos? ¿Cómo?

Amy dirigió el rayo de luz hacia el suelo, y Klopoucha vio entonces la plancha metálica. Se inclinó a examinarla. Era de aluminio, y parecía tener unos tres metros… Pero no había sólo una plancha, sino cuatro: y cada una de ellas tenía engarces en los extremos. Amy se acuclilló junto al soviético, y señaló las planchas de aluminio.

—Son de una aleación muy fuerte y ligera —susurró—. Si las ensamblamos, tendremos una plancha de más de diez metros: suficiente para establecer un puente entre la ventana del despacho y el borde exterior del foso.

—Pero la ventana tiene rejas…

—Deben poder abrirse. ¿Quiere que nos aseguremos?

Salieron al despacho… y tardaron apenas un minuto en cerciorarse de que las rejas podían abrirse, como la puerta de unas verjas. Amy señaló la cerradura.

—No sería fácil abrirla: nos llevaría horas, quizá, porque es una cerradura antigua, de una, solidez a toda prueba. Si hurgásemos aquí, daríamos tiempo para que nos encontrasen. De todos modos, podemos probar.

—¿Se iría usted, dejando a los otros en esta trampa?

—Yo, no —negó Amy—… Pero pienso que quizá usted crea que, si nos quedamos, sólo nos estaríamos arriesgando por unos colegas que quizá ya estén muertos.

—Quizá estén muertos todos… menos Douglas. Y ése no saldrá vivo de aquí, mientras yo esté con vida.

—De acuerdo —asintió la negrita—: eso es lo mismo que yo pienso, Cirilo.

—Estoy pensando que a mí me habían dejado en último lugar para gasearme y llevarme a donde sea… ¿Por qué lo harían? ¿Por qué yo el último?

—Posiblemente, lo consideran el más peligroso, y si había dificultades con el gas, lo matarían a balazos. Primero se llevaron a Douglas, luego…

—Ya hemos convenido que Douglas es *Naif*, ¿no? Pues entonces, hablemos con propiedad: empezaron a trabajar partiendo del cuarto de Douglas, se llevaron a Claudel después, luego a Maher, después a Rottenmayer… Tiene sentido: son, sucesivamente, los que están más cerca del cuarto de Douglas. Bien: ¿bajamos?

—Vamos allá.

—Yo iré delante.

—Muy amable —sonrió Amy—. Pero aún tendrá que serlo más, ya que voy a pedirle un favor: cuando nos encontremos frente a Douglas, permita que sea yo quien lleve la iniciativa.

—¿Por qué?

—Es simplemente un favor que le pido, Cirilo.

—Está bien. No hay inconveniente… siempre y cuando no haya la menor probabilidad de que él escape con vida de esto.

—Le garantizo a usted que, pase lo que pase, *Naif* no saldrá con vida de este castillo.

Klopoucha frunció el ceño, pareció a punto de decir algo, pero optó por pasar inmediatamente a la acción. Aquella negrita llevaba siempre las conversaciones de tal modo que a uno le quedaban siempre preguntas por hacer, dudas por resolver, nuevos pensamientos que quedaban en el aire, apenas sugeridos… ¿Cómo podía ella estar tan completamente segura de que *Naif* no saldría vivo de aquella trampa, de aquella… asamblea mortal para espías?

El ruso se colocó en primer lugar, y comenzaron el descenso. Las escaleras terminaron pronto, y apareció el pasadizo llano, de unos tres metros de anchura. Era tan largo que el delgado rayo de luz de la linternita de Amy no alcanzaba al fondo. Las paredes, reforzadas con bloques de piedra, estaban húmedas hasta el punto de que se veía musgo en ellas… De pronto, a la derecha, vieron la primera puerta, con una rectangular rejilla en la parte alta central.

—Una mazmorra —susurró Klopoucha—… Estamos en las mazmorras de un viejo y auténtico castillo capitalista.

—¿Qué? —se sorprendió Amy.

—No me dirá que la gente que tenía castillos como este no eran unos malditos capitalistas, que encerraban y asesinaban aquí abajo a quienes podían molestarles.

—Podemos conversar sobre eso, en otro momento —casi sonrió Amy—… Veamos qué hay tras esa puerta.

El ruso asintió. Ahora, dada la anchura del pasadizo, caminaban uno junto a otra, siempre lista la pistola para utilizarla… De pronto, cuando estaban a unos cuatro o cinco metros de la puerta que tenían a la derecha del pasadizo, oyeron tras ellos un sonido metálico, y acto seguido unos chirridos…

Ñrríiiic-riccc-ñirrríi iccccl…

Los dos se habían vuelto, sobresaltadísimos, alzando más las pistolas, estirando los brazos. En el segundo de estupefacción que estuvieron paralizados en aquella postura, la reja de hierro que se descolgaba desde el techo terminó su descenso, llegando hasta el suelo. Klopoucha lanzó una maldición y corrió hacia allí. Se guardó la pistola en un bolsillo, asió dos barrotes y comenzó a sacudir la reja fuertemente, pero, por supuesto, en vano. Amy llegó junto a él, mirando a través de los barrotes hacia el extremo del pasadizo por el que habían llegado… y por dónde ya no podrían regresar. La reja de hierro estaba oxidada abundantemente, y Klopoucha se sacudió las manos con gestos furiosos. Estaba lívido de rabia.

—Seguramente hace cien años que no se usaba esta reja —dijo Amy—. O más. Pero su solidez está fuera de toda duda, así que tenemos la retirada cort…

Ñriiic-ñiric-ñiiicrrrrricc…

El sonido, idéntico al anterior, les hizo volverse otra vez en el sentido de la marcha anterior, esto es, pasadizo adelante. Klopoucha lanzó un grito y comenzó a correr hacia la reja que descendía entre ellos y la puerta que habían visto antes, pero fue en vano. Cuando llegó ante la reja, ésta casi tocaba al suelo, y aunque el ruso la agarró e intentó impedir que llegase allí, no pudo conseguirlo. Lo que sí consiguió fue tal violencia en la zona lumbar que casi se desmayó, debido al tremendo dolor del esguince. Cayó hacia atrás, sentado, y luego de espaldas. Amy llegó junto a él en un instante.

—¡Cirilo, ¿qué…?!

—Estoy bien —jadeó el ruso—. Me parece que me he roto algo

en la espalda, pero… no creo que sea nada.

Intentó ponerse en pie, pero sin conseguirlo. Y en el momento en que Amy se disponía a ayudarle, sonó la llamada en el escote de la bella negrita: zum-zum-zum-zum…

—¿Sí? —admitió ésta la llamada en la radio quitada a Luke.

—Como ven, están entre dos rejas, que de ninguna manera podrán alzar y destruir —sonó la metalizada voz de Stanley en el diminuto aparato—. Eso significa que se hallan prisioneros en una pequeña zona del pasadizo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —admitió Amy.

—Nosotros disponemos de otra salida de este subterráneo. Se trata de otro más estrecho y más largo que, pasando por debajo del foso, a mucha profundidad, va a desembocar a unos trescientos metros del castillo. Quiero decir con esto que para marcharnos de aquí o para entrar en el castillo no tenemos que utilizar forzosamente el pasadizo en el que están Ustedes. Lo que significa que muy bien podemos dejarlos ahí por los siglos de los siglos.

—Amén —sonrió fríamente Amy—. Pero no es eso lo que quieren hacer, ¿verdad?

—Preferiríamos que ustedes dos tirasen fuera de las rejas, hacia el sentido de la marcha que llevaban, las dos pistolas que han arrebatado a mis compañeros. Una vez desarmados, esperamos que sean lo bastante razonables para aceptar una conversación y, quizá, algún acuerdo inteligente. ¿Cuál es su respuesta?

—Tiraremos las pistolas —aceptó Amy.

—Pues háganlo ya.

El ruso abrió la boca para protestar, pero se resignó enseguida. Amy tenía razón: negarse a obedecer implicaba una muerte lentísima por hambre y sed… a menos que Stanley y Henry decidiesen ametrallarlos desde un extremo del pasadizo, sin darles tiempo a nada.

Las pistolas sonaron contra el duro suelo y entonces la puerta que antes les había llamado la atención se abrió y asomó la cabeza de Stanley. Vio las dos armas en el suelo a la luz de su potente linterna, enfocó luego a los dos prisioneros y salió al pasillo. Con él salió Henry, el magnífico cocinero, que sonreía bonachonamente. Éste recogió las armas, regresó al aposento del que había salido y a los pocos segundos las rejas comenzaron a alzarse, rechinando de

nuevo. Amy ayudó a Klopoucha a ponerse en pie y se acercaron a Stanley. Henry reapareció en el pasadizo y señaló hacia el fondo.

—Sigan caminando —sonrió.

El soviético sentía tal dolor a la altura de los riñones que ni siquiera podía moverse, así que Amy Flowers tuvo que esforzarse no poco para mantenerlo en pie. Pero ni siquiera así podía moverse Cirilo Klopoucha, de modo que, sin inmutarse, la negrita se colocó frente a él, lo dejó caer sobre su hombro derecho, colgando el torso del ruso hacia su espalda, y continuó caminando sin hacer caso a las débiles protestas de Klopoucha, que parecía a punto de desvanecerse.

—Es fuerte la negra, ¿eh? —comentó Henry, admirado en verdad.

—¡Para lo que va a servirle…! —replicó Stanley.

Capítulo VIII

Amy se disponía a pasar por delante de la puerta, pero le indicaron que debía entrar allí. No se sorprendió en absoluto cuando Henry encendió la luz eléctrica. A la derecha vio unas poleas con alambres, que dedujo eran las que movían las rejas. Aquella estancia era más bien pequeña, pero tras cruzar otra puerta que había al fondo, se encontraron en otra mucho más grande y muy bien iluminada. Lo primero que se percibía era el calor. Calor muy justificado, pues lo que tenían delante era un gran horno, cuya trampilla de acceso estaba abierta. Una trampilla de forma rectangular y metro y medio de lado aproximadamente. Se mantenía alzada hacia fuera del horno por medio de un mecanismo con cadena que la dejaba en posición horizontal. Sólo había qué soltar la cadena y el horno quedaba cerrado… Un horno grandioso que estaba a toda presión.

Pero, ciertamente, el horno tenía menos interés que la presencia de Seymour Douglas, de pie ante ellos, pistola en mano y mirándoles con malvada socarronería. A su izquierda, sentados en el suelo y atados de pies y manos estaban Fritz Rottenmayer, Roger Claudel y Abbas Maher. Cerca de ellos, una mesita y varias sillas. Sobre la mesita había pequeñas pilas de cuartillas.

—Bienvenidos al infierno —sonrió más ampliamente Seymour Douglas—. ¿Sabe que estoy muy enfadado con usted, señorita Flowers? Y mis amigos Henry y Stanley también lo están.

Amy no contestó. Con todo cuidado, depositó en el suelo a Klopoucha y miró su demudado rostro. El soviético se había desvanecido. La negrita se puso en pie y se encaró de nuevo con el británico fríamente.

—Comprendo que estén enfadados, Douglas, pero…

—Llámeme *Naif* —rió el británico.

—Comprendo que estén enfadados conmigo, Douglas, pero eso

queda compensado por el hecho de que yo también lo estoy con ustedes.

—Oh… ¿Y qué piensa hacer para mitigar su enfado?

—Me temo mucho que, en las actuales circunstancias, no puedo hacer nada.

—Bueno, siempre se puede hacer algo, señorita Flowers… La verdad es que, si no fuese usted negra, yo creería que tenía ante mí a la agente Baby. Pero, como quiera que sé perfectamente que Baby es blanca y usted, sin la menor duda, es negra, debo limitarme a decir que usted también es muy inteligente. Sabe pensar.

—Gracias. ¿Lo dice porque he ido acertando en todas mis suposiciones?

—Absolutamente en todas. Le voy a explicar cómo funciona mi último trabajo… ¿Ve el horno?

—Además de no ser tonta, tampoco soy ciega.

—Todo puede llegar —susurró malignamente Douglas—… ¿No cree que sería terriblemente fácil convertirla en ciega?

—Sé que sería fácil. Pero usted no lo va a hacer.

—¿Por qué no? —pareció sorprenderse Douglas.

—Porque usted es lo bastante inteligente para comprender que puede sacar de mí más partido que dejarme primero ciega y luego meterme en ese horno… cómo piensa hacer con todos.

—De verdad que es usted lista… Sí, eso es lo que tengo bien planeado, desde el primer momento. Todas las personas que han muerto, en esta casa, serán incineradas en el horno, recogidas sus cenizas, y arrojadas luego al mar. Es decir, que no quedará ni rastro de nadie. Ni siquiera de mí, como usted bien dijo. Luego, a su debido tiempo, iré a Holanda, donde un cirujano está contratado ya para cambiar mis facciones. Con nuevo rostro y nuevo pasaporte, pasaré a Suiza, donde, en efecto, tengo una interesantísima cuenta corriente que me permitirá vivir como un rey, el resto de mí larga y agradable vida. En fin, ¿para qué seguir, si usted lo ha ido adivinando todo? Ahora, sólo se trata de que usted, y el ruso, reflexionen.

—¿Sobre qué tema?

—Sobre su modo de morir. Como puede observar, nuestros colegas Rottenmayer, Maher y Claudel, están muy cabizbajos y sombríos. Ello, debido a mis condiciones para un trato entre

nosotros.

—¿Qué clase de trato?

—Es muy simple: si ustedes me facilitan la información que especificaba mi nota de la caja fuerte los mataré de un balazo, antes de meterlos en el homo. Si se niegan a contestar a mis preguntas, simplemente los meteré en el horno.

—¿Vivos?

—Pues sí —enseñó los dientes el británico—… Vivos, desde luego.

Amy Flowers miró a los maniatados espías, y comprendió su mutismo, su palidez, su aspecto de impresionante abatimiento. Asintió con la cabeza, y volvió a mirar a Seymour Douglas.

—En definitiva, cuando usted se marche del castillo, no quedará nadie en éste: ni un ser humano, ni vivo ni muerto. Ni siquiera nuestras cenizas, que usted se llevará. ¿No es eso, Douglas?

—Eso es. Pero le repito que me llame *Naif*.

—No pienso hacerlo, porque usted no es *Naif*.

—¿Cómo que no soy *Naif*? —se congestionó el rostro del británico—. ¿Es usted idiota?

—No. Por eso, pienso que usted quiere conservarme viva para que yo le consiga la información que más desea en todo este asunto: el nombre auténtico de Baby.

—¿Acaso no lo sabe ya?

—No. Pero podría conseguírselo, desde luego.

—¡Se está pasando de lista! —rió, de pronto, Douglas—. ¡Está tratándome como a un niño o un tonto, intentando dirigir mi mente hacia ideas que sólo le beneficiarían a usted! Pero está perdiendo el tiempo. Yo sería realmente un tonto si la dejase a usted marchar de aquí, aunque fuese para averiguar el nombre de Baby. ¡Qué tontería…! Lo que haría usted sería delatarme, y todos los espías del mundo me buscarían… ¿No es cierto?

—Caramba, ¡qué listo es usted, Douglas!

—¡No me llamo Douglas, le estoy diciendo que me llame *Naif*!

—Y yo insisto en que usted no es *Naif*.

—¿Pues quién es *Naif*?

—*Naif* era Lord Kingstone.

—¡No! ¡Yo soy *Naif*!

—Usted es sólo un pobre diablo.

—¡Yo soy *Naif*! Él solo ponía las ideas, pero he sido yo quien ha estado llevando a cabo las acciones… ¡Él se quedaba tan ricamente sentado en su club de Londres, mientras yo me jugaba la vida por ahí! ¡Yo soy *Naif*!

—Usted es sólo el brazo ejecutor de *Naif*. Éste era mucho más inteligente… Lo suficiente para comprender que *Naif* debía desaparecer ya de escena, así que decidió que *Naif* no volviese a actuar jamás… salvo en una última ocasión, aquí, en el castillo. ¿No es cierto?

—¿Cómo sabe eso? ¡Quiero que me diga cómo lo ha sabido!

—Pero si no lo sé, Douglas. Sólo estoy… teorizando. Sin embargo, usted va a demostrarnos que ha sido mucho más listo que *Naif*, ¿no es así?

—¡Claro que he sido más listo que él! En efecto, el cerebro de *Naif* era el de Lord Kingstone, y yo, su ejecutor. Cuando me dijo que *Naif* tenía que dejar de existir, no me gustó… ¡No me gustó nada! Él dijo que daríamos el último gran golpe, y que quedaríamos a cubierto… a la espera de nuevas ideas, pero no me convenció.

—Sin embargo, usted simuló que se disponía a obedecerle, ¿no es cierto?

—Sí —Douglas sonrió astutamente—… Lo que Lord Kingstone quería hacer era lo siguiente: invitar a todos ustedes, matarlos, y luego decir que *Naif* era uno de ustedes, y que había escapado; escogería a cualquiera de ustedes para ello. Y claro está, como el cadáver del elegido nunca sería hallado, se pensaría que *Naif* había decidido ocultarse para siempre… mientras en el castillo quedaban los cadáveres de los demás, incluidos los de dos de los cuatro hombres que habrían de actuar como criados, pero que eran agentes del MI6, compañeros míos. La supervivencia de los otros dos, así como la de Lord Kingstone y la mía justificada, pues Lord Kingstone nos indicaría este escondrijo, del que no saldríamos hasta que, por la mañana, llegasen más hombres del MI6.

—Ya entiendo. Pero usted cambió los planes.

—Sí… ¡Claro que los cambié! Lo primero que hice fue matar a los cuatro hombres del MI6 que vinieron aquí, ignorantes de lo que Lord Kingstone tenía preparado, y mis amigos Michael, Stanley, Henry y Luke ocuparon sus lugares. También maté a Lord

Kingstone, y, después de prepararlo todo, fui al lugar de la cita… Lo demás ya lo ha ido adivinando usted.

—Desde luego —murmuró Amy—… ¿No cree que le habría ido mejor permaneciendo bajo la dirección de Lord Kingstone? A fin de cuentas, Douglas, usted es un pobre muchacho, en lo que se refiere a intelecto. No está, ni mucho menos, preparado para dirigir con acierto todo lo que ha logrado pensar con grandes esfuerzos… Su inteligencia es más bien escasa, así que fallará en algo, usted mismo irá preparando su tumba. Es como si un obrero se empeñase en hacer los planos de un edificio: no lo conseguiría jamás.

—Usted… usted me está… insultando —barbotó Douglas—… ¡Me está insultando!

—Solamente insulto su inteligencia. ¡Vamos, Douglas, despierte! —rió con mortificante burla la negrita—. ¡Usted no es más que un pobre diablo, que siempre ha envidiado y odiado a Lord Kingstone y a hombres como él, inteligentes, verdaderos espías…! ¡Es sólo un zoquete, al que le gusta matar, que se siente importante porque, actuando como un robot bajo las órdenes de un cerebro muy superior, se ha convertido en un asesino! Usted, Douglas, es un infeliz, en suma.

Seymour Douglas se acercó a Amy, temblando de ira, demudado el rostro, saltones los ojos.

—Cállese —jadeó—… ¡Cállese o…!

—Como quiera. Voy a callarme. Pero no sin antes decirle que me entristece morir a manos de un payaso como usted. ¡Hubiese preferido mil veces morir a manos del verdadero *Naif*, del auténtico y genial creador de un personaje del espionaje como ha habido pocos en la historia! ¡Pero morir a manos de un desdichado como usted, de un asesino sin la menor categoría…! ¡Me causa pena y asco!

—¡Te voy a…! —comenzó a aullar Douglas.

Era un pobre diablo, en efecto.

Un desdichado que caía en la trampa de la espía más astuta del mundo. Una trampa que había ido sobrecargando, hasta que pareció que la cabeza de Seymour Douglas fuese una olla, cuya tapa no pudiese soportar más presión. Presión provocada deliberadamente por los insultos y el menosprecio a su inteligencia que estaba haciendo la despectiva Amy Flowers, ¡una simple negra! La

ofendida soberbia de Douglas provocó su furia, y su furia, su perdición. Ofuscado, congestionado el rostro, viéndolo todo rojo ante él, se abalanzó contra Amy, sin recordar siquiera que tenía una pistola en la mano, pensando sólo en machacar a golpes aquella boca que le estaba humillando al ponerle en su justo puesto en el espionaje mundial: un asesino de baja categoría, que sólo había sido un muñeco, movido por un cerebro mucho más avanzado… y mucho más traidor y miserable con sus compañeros y con su patria.

Tan ofuscado estaba Seymour Douglas, que aún gritaba que iba a destrozarle la boca a la *asquerosa negra* cuando ésta, en lugar de retroceder o cualquier otra reacción de miedo, dio un paso hacia él, le sujetó la mano derecha, apartándola, y alzó la rodilla derecha, incrustándola salvajemente entre las ingles del británico, cuyo rugido de furia se convirtió en un alarido de dolor…

En sólo tres segundos más, la cuestión quedó terminada de un modo impensado, considerando la situación. La primera sorpresa fue que Cirilo Klopoucha, que parecía desvanecido o por lo menos incapaz de moverse por sus propios medios, saltó hacia Henry, aferrándose a sus piernas y derribándolo de espaldas… En este mismo espacio de tiempo, Amy Flowers había sacado su peine de oro del escote, el estilete apareció enseguida, y, cuando Stanley vino a darse cuenta, el acero estaba ya camino de su garganta, mientras Amy, tirando todavía de la mano derecha del tambaleante Douglas, se acercaba más a él… La fina hoja se hundió justo bajo la barbilla de Stanley, que lanzó un chillido, y saltó hacia atrás, para caer de espaldas y quedar inmóvil, con los ojos poco menos que fuera de las órbitas.

En ese mismo instante, todo a una velocidad de vida o muerte, Klopoucha quedaba encima de Henry con otro salto, y cuando éste disparaba, el puño derecho del ruso, como un martillo, caía sobre su frente, que se partió con escalofriante crujido…

Y justo entonces, en el momento en que Henry moría, una fracción de segundo más tarde que Stanley, Seymour Douglas recordaba que tenía una pistola, y daba un tirón para soltarse de la presa de Amy Flowers y poder disparar contra ella. Su tirón no tuvo éxito, para grandiosa sorpresa del británico… que lanzó un berrido animal cuando el estilete se hundió en su costado izquierdo con fortísimo impacto, que le hizo girar, con tal fuerza que se llevó el

estilete clavado, y habría caído si Amy no hubiese continuado reteniéndole. El vaivén de Douglas hacia atrás y luego hacia adelante, es decir, hacia Amy, quiso ser aprovechado por el británico para aplastar con su peso a la negrita, rodar por el suelo, y allí obtener quizá una ventaja para él y su pistola…

Entonces, y cuando Klopoucha adelantaba las manos para sujetar a Douglas, y éste comenzaba a gritar su triunfo y su rabia escalofriante… entonces, Amy Flowers demostró otra vez sus conocimientos de judo: siguiendo el movimiento de Douglas hacia ella, todo lo que hizo fue volverle la espalda, girar cuando lo notó sobre su cadera derecha, y tirar de la mano derecha y de la ropa de Douglas hacia adelante, como si quisiera pasárselo por encima de su cabeza, mientras su pierna derecha se hundía entre las del británico y subía con potencia arriba…

—¡UUUUAAAaaAAAAhhhh…! —aulló el británico, cuando se vio proyectado en el aire por el impresionante *uchi-mata*.

Su grito se perdió dentro del horno, cesó inmediatamente. Por un instante, la incredulidad de todos les mantuvo inmóviles, paralizados, sin acabar de asimilar lo que acababan de ver: el gigantesco cuerpo de *Naif-2* pasando por el hueco de la trampilla de hierro… De pronto, Klopoucha se acercó a la cadena, la soltó, y la trampilla cayó, tapando el hueco, con fuerte golpe. ¡BLAMMMM…!, se cerró la puerta del horno.

John Pearson, uno de los más relevantes y jóvenes jefes del Servicio Secreto de Su Majestad Británica parecía que ni siquiera había estado escuchando el relato de lo ocurrido, pero Amy sabía que no era así, que aquel hombre, al que tanto había estimado siempre, lo había escuchado todo, y que no olvidaría una sola palabra.

En el salón del castillo había varios agentes del MI6, tan impresionados y sombríos como Pearson, escuchando. Repartidos en sillones, Fritz Rottenmayer, Abbas Maher, Roger Claudel y Cirilo Klopoucha, que efectivamente tenía un tremendo esguince en la espalda, permanecían inmóviles y en silencio. En un lado del salón, ahora cubiertos por sábanas, yacían algunos de sus colegas, que habían asistido a aquella asamblea mortal. Ninguno de lo que quedaban con vida olvidarían jamás lo que había sucedido allí, en menos de diez horas. Ni olvidarían a la negrita que, tras terminar su

explicación, se quedó mirando atentamente a John Pearson.

Por fin, éste alzó la cabeza, y musitó, con la mirada perdida:

—El Servicio Secreto de Su Majestad agradece… a todos ustedes su colaboración personal, y les pide ahora disculpas… que luego enviará oficialmente a sus respectivos directorios. Sería un esfuerzo vano por mí parte intentar hacerles comprender cuánto lamento lo sucedido, y las muertes de nuestros colegas…

—Podría haber resultado mucho peor, si no hubiera sido por la señorita Flowers —murmuró Rottenmayer—… Todos nosotros haremos constar lo decisivo de su intervención, tanto ante nuestros jefes como en comunicados a la CIA. En cuanto a mí… Bien, no sé lo que pensarán los demás, pero yo he terminado. Se acabó: nunca jamás volveré al espionaje Mi pequeña máquina —se tocó el pecho, sobre el corazón— ya no podría aguantar mucho más. ¿Puedo marcharme?

—Cada uno de ustedes será acompañado por dos de mis hombres hasta el avión que les llevará a su destino. Gracias a todos.

Los espías supervivientes de la asamblea se pusieron en pie, y fueron acercándose a Amy Flowers, tendiéndole la mano. En silencio, la negrita las fue estrechando, consiguiendo leves sonrisas. Cirilo Klopoucha retuvo un segundo de más su mano, mientras susurraba:

—Baby no lo hubiera hecho mejor, Amy.

—Gracias por el elogio, Cirilo. Y buena suerte… siempre.

El soviético soltó la delicada mano femenina, miró el fondo de los negros ojos, y movió la cabeza.

—¿Sabe usted, Amy, que no es posible que existan en el mundo dos personas capaces de conseguir lo que ha conseguido usted?

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Nada.

Minutos más tarde, del grupo de espías solamente Amy Flowers permanecía aún en el castillo. Y todavía estuvo esperando bastante tiempo, hasta que John Pearson se acercó a ella, y murmuró:

—Mis hombres se encargarán del resto… ¿Me permitiría acompañarla personalmente a Londres, señorita Flowers?

—Lo estaba esperando —sonrió la negrita.

Se puso en pie, recogió su bolsa de viaje, y abandonó el salón, acompañada de Pearson. Poco después, los dos viajaban en el coche

del británico… Amy se volvió a mirar, hacia el castillo, y se estremeció.

—Si tú no hubieses sido invitada, todos habrían muerto —dijo, de pronto, John Pearson, alias *Fantasma*, viejo amigo de la agente Baby.

—Supongo que estás intentando consolarme, por el hecho de que no haya podido evitar todas esas muertes. Gracias, John.

—¿Dónde, quieres que te llevé?

—A cualquier sitio donde podamos esperar discretamente un par de horas. Pero lo mismo me da esperar en tu coche.

—Buscaré un sitio adecuado.

El sitio adecuado fue el pequeño claro en un bosquecillo. Allí, dos horas más tarde, la negra piel de Amy Flowers comenzó a perder esa negrura, y fue adquiriendo una tonalidad cada vez más clara, bajo la expectante mirada de John Pearson, que no podía ocultar su admiración.

—Es un invento de un amigo, llamado *Blackcolor* —sonrió la ex-negrita—… Consigue realmente que mi piel se torne negra durante períodos que pueden controlarse, según la dosis. Un líquido interesante, ¿verdad?

John Pearson asintió, sin dejar de contemplar aquella piel dorada, fina. Como de seda y de sol. Brigitte Baby Montfort se quitó por fin las lentillas de contacto negras, dejando al descubierto sus grandiosos, bellísimos, incomparables ojos azules. Luego, sacó de la bolsa un pulverizador, un *spray*, con el que roció de líquido perfumado su cabellera peinada al estilo *afro*, hasta que los cabellos, suavemente estirados por el peine de oro, fueron, cayendo, más sueltos, ligeramente ondulados, encuadrando el rostro más hermoso y dulce que John Pearson había visto jamás…

—Puedo obtener pasaje para ti hacia el lugar que desees, Brigitte.

—Roma —murmuró ella.

Este es el final

El avión procedente; de Roma aterrizó sin novedad en el aeropuerto de Lupa, en Malta, cerca de La Valetta. El hombre que estaba mirando el tablero de anuncios de llegadas se quedó mirando la lucecita verde que indicaba aquella del vuelo 207 de Alitalia, procedente de Roma, aspiró profundamente, despacio, y fue hacia la salida de los pasajeros.

Era un hombre que hacía volver la cabeza a las mujeres, estupefactas: metro ochenta y pico, hombros anchos pero delgado, no hercúleo; llevaba pantalones grises, zapatos deportivos, jersey negro de cuello alto. Estaba tan bronceado por el sol que incluso allí, en la soleada Malta, tenía que llamar la atención. Su rostro, que parecía de barro cocido, era anguloso, recio, de boca delgada y firme como si fuese un cepo de acero. Cabellos color cobre, ojos negrísimos. Se plantó delante de la salida de los pasajeros y quedó inmóvil.

Poco después aparecieron los pasajeros. Pero para aquel hombre sólo había un pasajero. Mejor dicho, una pasajera. Ella estaba mostrando su pasaporte cuando lo vio a través del cristal, y en su bellísimo rostro apareció un gesto de sorpresa primero, de alegría infinita después. Agitó una manita en dirección al hombre, que se limitó a hacer un movimiento de cabeza, un breve saludo.

Era como si apenas le importase la llegada de aquella persona de grandes ojos azules, que ya no se apartaban de él. Como sí, al recibir una discreta nota de incierta procedencia aparente, pero que él sabía que le llegaba por medio de *Fantasma*, del servicio secreto británico, informándole de la llegada a Malta de la señorita Brigitte Montfort, aquel hecho no le afectase ni poco ni mucho.

Sin embargo, cuando pocos minutos después la señorita Montfort se detenía delante del señor Angelo Tomasini, dejaba su bolsa de viaje en el suelo y se quedaba mirándolo fijamente, el

señor Angelo Tomasini, alias Número Uno, sintió que su pecho se ensanchaba, que el sol era más radiante que antes, que el cielo era más puro y más limpio…

Y cuando al abrir los brazos Brigitte Montfort se refugió en ellos. Número Uno pensó que de nuevo la vida valía la pena de ser vivida.

FIN

Notas

[1] Se refiere a la aventura titulada *Detector de maldad,* publicada en esta misma colección. (Nota del E. D.). < <